



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

Integración en la sociedad

FRANCISCO ANDRÉS ORIZO

4.1 Problemas y amenazas

Preguntados los jóvenes de nuestra encuesta qué cuatro problemas sociales consideran más importantes de una lista de ocho, los resultados se presentan así:

1. *El paro*, 91; *La droga*, 87.
2. *El sida*, 59.
3. *La corrupción de la vida política*, 41.
4. *La vivienda*, 33; *La seguridad ciudadana*, 32.
5. *El consumo abusivo de bebidas alcohólicas*, 18; *El poder de los partidos políticos*, 16; *La inmigración*, 12.
6. *El consumo abusivo de tabaco*, 5.

Ésta es la jerarquía que uno adjudicaría al sentido común más representativo, el de la generalidad de la población, y que aquí comprobamos cómo la expresan sin estridencias los jóvenes españoles de 15 a 24 años.

Ahora bien, si los jóvenes no son siempre sino un reflejo del conjunto de la sociedad (e incluso los de 15-17 años constituyen un reflejo próximo de los modelos familiares y del mundo adulto; la contestación y el cambio vienen después), no debemos dejar de lado las diferencias ciertas que se registran entre jóvenes y adultos en tantas áreas de conflicto, justamente aquellas en las que el cambio se ha producido con más fuerza en los últimos 20 ó 30 años (en la moral sexual y familiar y en la religión, por ejemplo).

De ahí que la edad constituya uno de los factores más diferenciadores en la explicación de los comportamientos, actitudes, valores y creencias de los españoles. La edad explica mucho más que el resto de variables sociodemográficas, incluido el género.

Estas diferencias por edad son, además, las que nos distinguen a los países del Sur europeo de los del Centro y del Norte de Europa. El cambio social acelerado que se ha producido en los primeros —entre nosotros— ha to-

cado, sobre todo, a los menores de 40 años, de manera que hoy un chico español de 20, 25 ó 30 años tiene más probabilidades de parecerse a otro francés o alemán de la misma edad que las que tienen entre sí los individuos de 50 y más años.

Una idea de esas diferencias entre jóvenes y adultos nos la da la *Tabla 4.1* (DATA, 1992), que proviene de una encuesta aplicada a una muestra de población general. En ella había que elegir «los cuatro problemas que más le preocupan o afectan», pero esta vez de una lista más larga que la de nuestra encuesta, de una lista de 16 problemas, con lo que las respuestas se reparten y se dispersan tomando valores menores. Por ello no se pueden comparar estrictamente, pero sus resultados certifican unas diferencias, a saber:

TABLA 4.1

Problemas que más les preocupan o afectan (1992)

	Edad	
	15-24	25 +
Las drogas	65	80
El sida	64	61
La violencia, la delincuencia	40	55
El desempleo	48	52
La pobreza de los países del Tercer Mundo	33	24
Los problemas de contaminación	34	20
La falta de perspectivas para los jóvenes	28	19
La creciente pobreza de parte de la población de mi país	24	20
El racismo	25	13
El alcoholismo	11	16
La situación económica y social de los ancianos	4	16
El tabaco	4	10
El riesgo de una catástrofe nuclear	13	5
La inmigración	5	4
La construcción de una nueva Europa	3	3
El aumento del fundamentalismo religioso	2	2
	100	
	(N) (222)	(785)

Respuesta múltiple

Los adultos aparecen más preocupados que los jóvenes por los problemas de la droga, de la violencia y delincuencia, desempleo, alcoholismo, situación económica y social de los ancianos, tabaco. Los jóvenes, en cambio, se preocupan más que los adultos por el sida, la pobreza de los países del Tercer Mundo, la contaminación, la falta de perspectivas para los jóvenes (obviamente), la creciente pobreza de parte de la población del país, el racismo y el riesgo de una catástrofe nuclear.

En los jóvenes puede aquí más el sida que el desempleo, cobran más presencia los problemas de justicia social, los del racismo y los (ecologistas) relacionados con la contaminación y lo nuclear. En los adultos la prevalencia cobra un tinte más moral: droga, delincuencia, alcoholismo y tabaco.

Si aquí el «desempleo» no cobra la relevancia que el «paro» registra en nuestra encuesta, se debe probablemente al eufemismo economicista del término, que rebaja el dramatismo del segundo (del «paro»).

Aunque en tono inferior al de los adultos, destaca la relevancia del conjunto *violencia, delincuencia* entre los jóvenes, a quienes preocupa menos lo que podría constituir su consecuencia, la «inseguridad ciudadana», que ésta sí que es cosa más propia de los mayores.

Es decir, los jóvenes sienten próxima la violencia cotidiana, pero no por ello se sienten más inseguros que los adultos. Asumen el grado de riesgo que tiene el contexto en el que se mueven: tanto el de sus salidas nocturnas en las grandes ciudades como el de la conducción agresiva de una moto o automóvil.

El que asuman el riesgo no es sino una característica biológica del hecho mismo de ser joven. En una serie de dimensiones relacionadas con esa orientación es precisamente el segmento de los 15 a los 24 años el que alcanza las respuestas más altas (DATA, 1993). Así, a un 84 % de esos jóvenes «le atrae todo lo nuevo y trata de saber lo que es y cómo es»; a un 72 % «le gustaría vivir nuevas emociones todos los días»; un 68 % piensa que «hoy es tan imprevisible dónde puede surgir la violencia que procura tomar medidas para no ser la víctima»; un 63 % puede implicarse con el alcohol u otra cosa porque «trata de sentirse siempre bien, de ir a lugares que le gustan, de tomar alguna bebida o algo parecido para animarse y sentirse con más entusiasmo, sentir la emoción y el riesgo que eso supone»; a un 61 % «le gusta hacer algo peligroso o prohibido simplemente por sentir la emoción y el riesgo que eso supone».

Estos jóvenes no se sienten próximos al ahorro o al trabajo, aunque parecen ejercer una cierta autorregulación de la locura y del exceso, manifestando así su carácter híbrido, mixto y compartimentalizado. Este control remoto de los comportamientos descontrolados es el que manifiesta ese 66 % que piensa, también, que «si en esta vida nos saltamos a la torera los convencionalismos sociales, esto sería el caos», al mismo nivel que el segmento de 25 a 44 años (pasada esta edad ya se valoran más las convenciones y el orden).

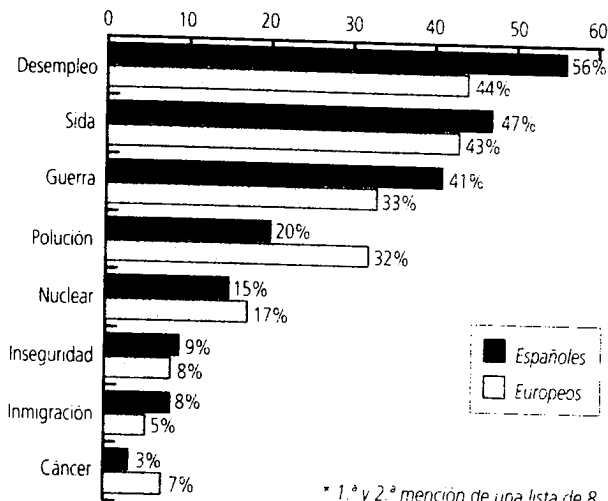
La mayoría de estos jóvenes, por tanto, no está dispuesta a llevar una vida de aventura, pero sí que lo está a experimentar algunas sensaciones de riesgo: en ciertos deportes, en la velocidad, en las meras relaciones personales, durante el fin de semana, con el alcohol o con algún otro estimulante. Esto es, su predisposición es hacia las «aventuras» controladas, las que lo son por un breve período de tiempo, las que no llevan a cambiar los esquemas de la vida ordinaria. Uno o una las hace, se prepara al efecto (con cambio de vestido, aspecto personal y otros indicadores de apariencia), las acaba y vuelve a la rutina de la vida ordinaria.

Estos jóvenes tampoco son más pesimistas que los adultos. Al contrario, son más optimistas con respecto a la situación de paro y a su evolución, aunque también más críticos. Dentro de su lógica biológica está el que vivan en la esperanza (el 43 %) más que en el temor (29 %) y el escepticismo (27 %), al menos con bastante más esperanza que, por ejemplo, los que tienen de 35 a 44 años.

La última referencia es la de comparar a nuestros jóvenes con los europeos. En una encuesta paneuropea se preguntó por «las mayores amenazas que pueden incidir en nuestro futuro en Europa». Separadas las subpoblaciones de jóvenes, destaca cómo los españoles consideran el desempleo, el sida y la guerra como mayores amenazas, en proporción superior a los europeos. En tanto que éstos le conceden una mayor importancia a la polución, a la amenaza nuclear y el cáncer, junto con la inmigración (*Gráfico 4.1*).

La referencia ahora es *europea*, pero se confirma el papel central que entre los jóvenes españoles tienen el desempleo y el sida, a los que se añade la amenaza de guerra. Mientras que, a pesar de su crecimiento de un año a otro, en España todavía seguimos por debajo de Europa en cuanto a preocupación por el medio ambiente y la polución, cuestión en la que llevan el liderazgo los países nórdicos,

Gráfico 4.1
Mayores amenazas que perciben
los jóvenes europeos y los españoles *



* 1.ª y 2.ª mención de una lista de 8.

Finlandia el primero. También le damos menos importancia al riesgo nuclear, aunque en este caso la tendencia ha sido distinta a la anterior: la preocupación por lo nuclear se ha ido rebajando en los últimos años.

Volviendo a nuestra encuesta, vale la pena considerar que la atribución de importancia a los distintos problemas no es algo producto del azar.

El *paro*, el más importante de los problemas, es también el más universalmente asumido como tal por todos los sectores de la sociedad.

El *tabaco*, el menos importante de los problemas, también goza de un relativo consenso. La importancia que se le atribuye desciende con la edad, se ubica en algún sector de la derecha política y se da en las clases bajas.

El *consumo de alcohol*, en cambio, sí que promueve segmentaciones. Le atribuyen una importancia como problema más las chicas que los chicos, más los de sólo 15-17 años que los mayores; las clases bajas, sobre todo si son de derechas; los que viven en pequeños núcleos de población; algunos sectores de la derecha política, y en ningún caso entre los indiferentes y no creyentes en materia religiosa. Podría decirse que el tema del alcohol provoca más militancias morales que el del tabaco, sobre todo entre los segmentos más tradicionalmente conservadores.

Dos grandes problemas, la *droga* y el *sida*, suscitan explicaciones de distinto tono. El primero, el más importante, promueve un relativo consenso entre los distintos segmentos so-

ciales, aunque se le atribuye una mayor importancia entre las clases medias bajas de derechas y entre los católicos tibios (no muy practicantes) también de derechas, siendo entre los indiferentes y no creyentes en donde menos importancia se le da. Dentro de la universalidad de su identificación, parecen detectarse también algunos tonos morales en su evaluación.

El *sida* provoca ya diferencias más fuertes. Su importancia sube entre las mujeres, que muestran una mayor implicación afectiva que los hombres, lo que también está sucediendo en toda Europa (IRIS, 1993). Si ya hace años atestiguaron el cambio de una posición de ignorancia a otra de implicación emocional, preocupación y rechazo de lo nuclear, hoy lo hacen con el sida, como si éste sustituyera al primero en el papel de fantasma que amenaza a la mujer, en donde la explicación la proporciona su propia biología, el peligro de transmisión de la radiactividad/infección al feto, su mayor debilidad para la recepción del virus del sida (la multiplicación de cifras de recién nacidos seropositivos).

El sida recibe también importancia entre los más jóvenes, los de 15-17 años; en la derecha-derecha; en los católicos practicantes de izquierda, no obstante; en las poblaciones de menos de 50.000 habitantes. Parece como si en las capas de población en donde el VIH se halla más extendido (población masculina, y no tan joven, de grandes núcleos urbanos) sea en donde menos gravedad e importancia se le quisiera adjudicar. El resultado viene condicionado, por tanto, por un efecto de resonancia.

La *vivienda* tiende a ubicarse como preocupación en espacios de izquierda, sobre todo en la clase media-alta de izquierda, y también en las clases medias-medias en general; sube con la edad y se hace más presente en los hombres que en las mujeres; sube también entre los agnósticos y los no creyentes. Con lo que el perfil o retrato de ese joven preocupado por la vivienda es el de un hombre de clase media, perteneciente a la izquierda y no creyente. La vivienda, así, se pone sobre la mesa en un contexto que podría adquirir un tono radical en algún momento.

En el polo opuesto nos encontramos con la *seguridad ciudadana*, postulada por las clases altas y medias-altas, sobre todo si se ubican en la derecha; especialmente relevante entre los católicos practicantes de derecha, se difumina entre los indiferentes y no creyentes. Se identifica claramente con los sectores conservadores.

También la relevancia de la *inmigración* se identifica con la derecha y la clase media-alta, integrándose en el mismo eje conservador en el que se ubica la seguridad.

Los dos últimos problemas que nos quedan se encuadran dentro del área política: *el poder de los partidos políticos*, enunciado relativamente neutral, y *la corrupción de la vida política*, proposición declarativa de un juicio ya imputado con antelación. En cuanto al primero, la asociación con la izquierda política es algo muy claro; como lo es su asunción por los hombres, antes que por las mujeres, y por los indiferentes y no creyentes en materia religiosa.

La «corrupción» ya no tiene esa asociación clara con la ubicación política. Aparece, en cambio, la clase social, de manera que se producen combinaciones como las de que la evaluación más fuerte de la corrupción como problema se produce en la clase media-alta y que es a la vez de derechas, al tiempo que entre los indiferentes-no creyentes y que son de izquierdas. El problema, pues, provoca alguna mayor pluralidad de segmentaciones sociales, superior a la linealidad que se produce con el

«poder». Y así, su percepción crece también entre los hombres y conforme va ascendiendo la edad.

Naturalmente la variable política es aquí la más explicativa, de manera que si vamos más allá de la autoubicación en la escala izquierda-derecha y pasamos a las preferencias que se producen por los distintos partidos políticos, apreciaremos diferencias significativas (*Gráfico 4.2*).

Así, son los seguidores de los dos grandes partidos, PP y PSOE —justamente los que tienen poder—, los que menos poder les atribuyen a los partidos en general. Y, luego, son los partidarios del PSOE los que menos corrupción política perciben en general. Como se ve, por tanto, son reacciones que no sólo desplazan el objeto sino que lo mueven en una dirección opuesta, como con una intención defensiva o exculpatoria, propia de combativos impulsos juveniles.

En cambio, son los partidarios de los dos grandes partidos los que más sensibilidad muestran con respecto a la «droga», en donde el tono más bajo lo registran los partidarios de los Verdes. El «paro» promueve una práctica universalidad de asociaciones.

La preocupación por el «sida» sube entre los seguidores del PSOE; la que tiene por objeto la «seguridad ciudadana» sube entre los del PP.

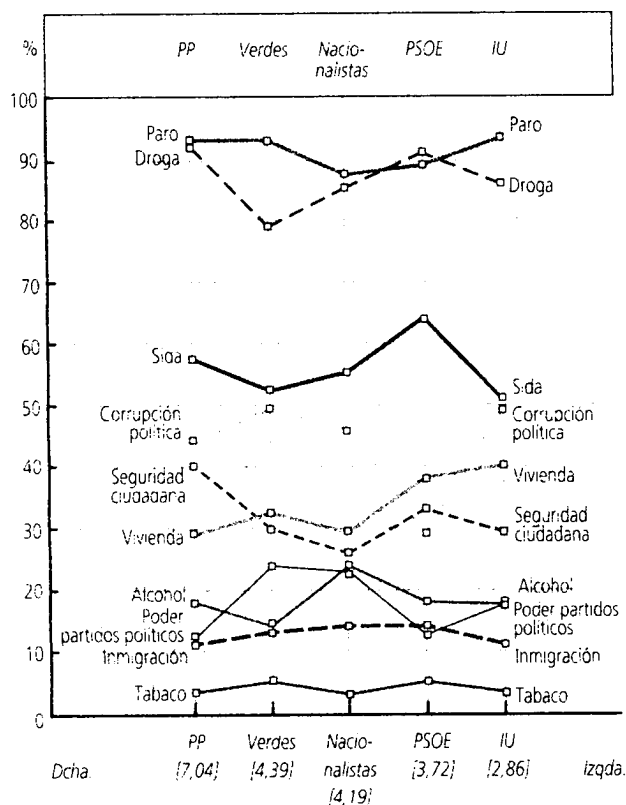
La «vivienda», al asociarse tan claramente con la izquierda, va tomando mayores valores conforme se desplaza del PP al PSOE y a IU, siendo entre los partidarios de esta última formación en donde alcanza el valor más alto.

Nacionalistas¹ y Verdes se colocan en puntos opuestos a la hora de evaluar la importancia del «consumo abusivo de alcohol». La percepción selectiva de los primeros les lleva a verlo más como problema; los segundos son los que lo ven menos como tal.

«Tabaquismo» e «inmigración», problemas de poca entidad, no promueven diferencias apreciables.

En conclusión, podemos decir que la identificación de lo que se considera problema por parte de los jóvenes constituye una expresión tanto de los valores que les sustentan —como lo demuestra la influencia de las variables políticas y religiosas— como de la situación y contexto en que se encuentran, y así lo de-

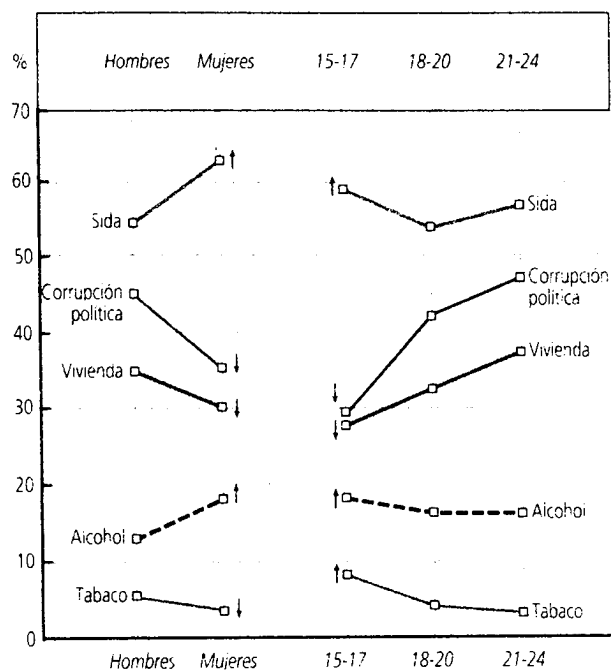
Gráfico 4.2
Problemas que consideran más importantes según las preferencias de partido político



¹ Definición que incluye a los que votan y/o prefieren tanto a los partidos estrictamente nacionalistas (los catalanes y los vascos principalmente) como a los regionales.

Gráfico 4.3

Algunos problemas que se consideran más importantes, por género y edad



muestra la influencia de la variable de clase social, del género y de la edad. Según sea el objeto-problema, actúan unas u otras con mayor o menor fuerza.

A título de ejemplo, en el Gráfico 4.3 hemos seleccionado los problemas en donde las que podríamos llamar variables estructurales o de situación (aunque todas ellas se encuentran relacionadas entre sí) promueven las mayores diferencias.

Se visualiza, entonces, cómo las mujeres suben en la apreciación del sida y del alcohol, mientras que los hombres lo hacen en corrupción política, vivienda e incluso tabaco.

Los más jóvenes (15-17 años) suben también en la apreciación del sida y el alcohol —como las mujeres— y en el tabaco. A medida que se hacen mayores van identificando más como problema la vivienda y la corrupción política.

Lo que está operando ahí es un proceso de socialización, que va cobrando intensidades distintas con el paso de los años y que muestra todavía más diferencias entre chicos y chicas, algunas de las cuales pueden atenuarse una vez llegados al período adulto; otras simplemente manifiestan sensibilidades diferentes, producto de una condición masculina o una femenina.

4.2 Sobre tradición y modernidad

Se dice de las sociedades europeas occidentales —la española incluida— que son permisivas y tolerantes. Permisivas con respecto a la conducta personal, privada y particular, de los individuos, que tiende a regirse por la libre elección de cada cual. Tolerantes con respecto a la pluralidad de ideas, convicciones y creencias de los demás, reconociendo el pluriculturalismo de la realidad. En la medida en que una sociedad incrementa sus dosis de permisividad y de tolerancia, se ha dicho de ella que avanza en la modernidad, sobre todo si nos estamos refiriendo a una sociedad como la nuestra, como la española, cuya referencia de partida es la del modelo tradicional de los países del Sur europeo. Todo lo cual es particularmente aplicable en el caso español, dada nuestra heterogénea y pluricultural realidad.

Porque es justamente de estas sociedades del Sur de las que se ha prescrito hace tiempo que debían romper sus moldes tradicionales y proceder a una modernización. La meta era la de convertirse en sociedades industriales, más tarde la de pasar a sociedades industriales avanzadas o a sociedades postindustriales; hoy, la de sociedades de la información o de la comunicación o del conocimiento. El objetivo era el de convertirse en sociedades modernas como las del Centro y Norte de Europa; hoy se dice que el objetivo es el de alcanzar la *convergencia*.

En una visión clásica de la modernidad se trataba de romper con la tradición, de creer en la novedad y en el progreso, promoviendo una discontinuidad en el cambio. Modernización, así, equivale tanto a un proceso social como a un repertorio de cambios en los valores, creencias y comportamientos individuales.

Desde la primera perspectiva se ha relacionado con procesos tales como democratización, industrialización, desarrollo tecnológico, urbanización, participación y movilización política. En última instancia, se trataba de incrementar el control del hombre sobre el entorno natural y social; de promover una liberación de las restricciones de la existencia humana, que es lo que proporciona el desarrollo del conocimiento científico y tecnológico, es decir, de adoptar el conocimiento como fuente de innovación y de formulación política de la sociedad (Daniel BELL). Ésta es la que podríamos llamar una *modernización estructural*.

La *modernización cultural* es la que se refiere a los procesos de racionalización, de seculari-

zación e individualización de los valores morales y religiosos, de rápida difusión de la información, de la cultura de consumo.

Desde una segunda perspectiva, a nivel individual, la modernización implica una mentalidad. Así, el hombre moderno se caracterizará por sus rasgos de calculabilidad, orientación al cambio, eficacia, optimismo, disposición para planificar, orientación al presente y al futuro más que al pasado, interés por la educación y el desarrollo personal, dignidad, disposición a aceptar las nuevas experiencias y opiniones, conciencia de la diversidad de valores y actitudes (INKELES).

En una primera propuesta la modernidad asumió un modelo de desarrollo unilineal con varias fases: así, las etapas del crecimiento económico, de ROSTOW, en los años 60; o el modelo de las *pattern-variables*, de PARSONS, en donde el camino hacia la modernidad pasaba del particularismo para llegar al universalismo, o para llegar a la neutralidad afectiva, o para superar la difusividad y llegar a una división de funciones, a una diferenciación funcional y a una concreción de roles.

Pero en los tiempos que estamos viviendo se ha producido una *desestructuración* (del cuadro de ideas y valores, de la familia, del reparto de roles, de los códigos de la vida cotidiana) y una *fragmentación* (social, de valores), difuminándose el «viejo» impulso de modernidad revolucionaria y doctrinal, que hace tabla rasa del pasado, y matizándose lo que es meramente tecnológico.

Por eso, en el camino hacia la modernidad la idea misma de lo que sea modernidad ha cambiado. Ya su estudio y enunciación contienen una implicación ideológica por naturaleza. (Los países del Norte identificaron desarrollo social con «estado del bienestar»).

Hoy se piensa que hay muchos caminos que conducen a la modernidad, que hay varios tipos de modernización y que la Historia ya no conduce necesariamente hacia lo mejor. Ya no se cuenta con un mito, con un proyecto, con una utopía conductora del futuro. Ya no hay que romper con el mundo antiguo para construir uno nuevo. De manera que hoy la modernidad equivale a dinamismo y capacidad de dar respuestas (a los cambios tecnológicos y a la burocratización, principalmente).

Por ello la asunción de una aguda ruptura entre tradición y modernidad ha perdido vigencia. Tradiciones y códigos culturalmente heredados continuarán desempeñando un papel decisivo en los procesos de desarrollo (EISENSTADT). Los jóvenes, por ejemplo, consti-

tuyen un ejemplo de conciliación entre modernidad y valores familiares. La dialéctica tradición-modernidad se juega, así, en un campo nuevo, porque ya no se consideran como elementos antitéticos.

Algunos han llamado *postmodernidad* al escenario que hoy estamos viviendo. En donde se ha pasado de la revolución a la evolución, del conflicto a la alianza, de la confrontación a la negociación; de una cultura de producción a una de consumo.

Y es en este punto en donde podríamos decir que los países del Sur han entrado en la postmodernidad sin detenerse en la modernidad y sin dar tiempo a la maduración de sus valores prototípicos. El caso de España es paradigmático. Inscritos en posiciones de izquierda política (como los italianos y los griegos, aunque no como los portugueses), los españoles nos hemos constituido en los adalides del reformismo, de los pactos y del consenso. Un ejemplo: es en el Sur —pero los españoles hemos sido y somos los primeros, seguidos ahora por los griegos— en donde más ha calado el que podríamos llamar reformismo social y político, esto es, el pensar que nuestra sociedad puede mejorarse poco a poco, por reformas sucesivas, antes que por una acción revolucionaria o por una defensa firme contra las fuerzas subversivas. (EUROBARÓMETRO, 1993).

Es en el Sur en donde más se vive al día; en donde más se vive el mundo de las experiencias, de las sensaciones y de los sentidos; en donde es máxima la superficialidad (España) o la religiosidad y los códigos morales (Italia); en donde la cultura del trabajo ofrece caracteres más laxos y desmotivados (España, que no es el caso de Portugal); en donde se registran las tasas máximas de días de trabajo perdidos (menos en Portugal); en donde nuestro presentismo y bajas actitudes de previsión favorecen el que se registren también las tasas más bajas de afiliación a seguros privados (excepto los médicos), planes de jubilación y fondos de pensiones. Remedando al personaje de MOLIÈRE, ya hablábamos de postmodernismo sin saberlo; éramos postmodernistas *avant la lettre*.

Ello explica las que podrían parecer «modernísimas» reacciones de la gente del Sur, particularmente de los españoles, en cuestiones de *libertades personales* (en materia sexual, por ejemplo), y en las que justamente la gente joven es la que ha portado los estandartes.

Nuestros ascendentes históricos ayudan, además, a explicar las deficiencias de nuestra

cultura política, nuestra tardía incorporación a una *cultura cívica*, nuestro déficit de participación social y política (que se compensa con nuestro entusiasmo por los nuevos movimientos sociales, no por los viejos partidos), nuestra baja implicación cognitiva con la *res pública*, la despreocupación y falta de interés por la política que se practica (F. A. ORIZO, 1993).

En algunos casos parece como si los rasgos de este postmodernismo del Sur se hubieran exportado al Norte y no al revés. Todo lo cual socava las bases de una interpretación convencional y antigua de la dialéctica tradición-modernidad y de la presunta oposición de sus términos.

Si en un ejercicio de reducción tuviéramos que fijar los dos ejes principales de la modernidad, tendríamos que referirnos a la *racionalización*, que integra la secularización, y a la *subjetivación*. La progresiva separación de esos dos polos es lo que, en opinión del último A. TOURAINE, está produciendo la actual crisis de la modernidad en el mundo occidental (A. TOURAINE, 1993: 85, 265).

Cuando realmente ambos polos constituyen caras complementarias una de la otra: «la modernidad nueva une la razón y el sujeto» (TOURAINE, 1993: 281).

Pero el mismo autor advierte que ante el modelo super-racionalizado de una tecnestructura gobernante, se vuelve «indispensable la apelación a la idea del sujeto para romper el encierro en lo que Max WEBER llamaba la “jaula de hierro” de la sociedad moderna» (TOURAINE, 1993: 310).

Y esta importancia, no tanto del sujeto cuanto de la individualización como proceso general, es la que, en el campo de los valores, ponen de relieve los analistas de la última *European Value Survey* de 1990, cuando destacan su importancia como parte del proceso de modernización de una sociedad (P. ESTER, L. HALMAN y R. DE MOOR, 1993).

Para estos autores el proceso de individualización se refiere a la creciente autonomía de los individuos en el desarrollo y libre elección de sus propios valores y normas, que cada vez más se alejan de los sistemas de valores institucionalizados y tradicionales. Lo que guía y rige ese desarrollo es crecientemente un único criterio: el de la autorrealización y la felicidad personal. Si esta evolución continúa más o menos indefinidamente, puede provocar una extrema liberalización de los estilos de vida en las sociedades occidentales, especialmente en los campos de la religión, de la moral sexual y de las relaciones primarias.

Llegados a este punto, la pregunta que nos podemos hacer es la de cuál es el techo o cuáles son los límites de esta liberalización. ¿Hasta dónde seguirá creciendo la permisividad? ¿Hay que establecer límites a la tolerancia? ¿Qué reclamos éticos son hoy posibles? ¿Existe una demanda de orden entre la maraña de elecciones individuales?

Los críticos de la individualización de los valores reprochan los que titulan aspectos negativos del proceso, a saber, el consumismo desaforado, el retraimiento a lo privado, el hedonismo y la demanda de sólo lo que recompensa con gratificaciones inmediatas, el narcisismo y el egoísmo.

Pero en la cuenta hay que anotar también los aspectos positivos, a saber: el de la libertad y libre expresión personal, el de la autorrealización y desarrollo de la persona, el de la creatividad, el de que todo el mundo tenga voz en un escenario democrático, los valores postmaterialistas.

Incluso la propia cultura de consumo —como ha emergido en España— contiene aspectos inmateriales y simbólicos. Porque el consumo es una acción social con una cultura propia, en donde su dinámica obedece a libres elecciones personales, dentro de una lógica particularista de la emoción y de las sensaciones, que se opone a la universalidad de una lógica racional. Los productos, bienes y servicios son signos que connotan un valor simbólico e inmaterial. Con ellos se obtienen placeres emocionales, los que alimentan los sueños y deseos que emanan de la imaginiería cultural de los individuos.

Incluso el retorno de la religión —en las conciencias y en los comunitarismos— tiene una raíz en esos estados de individualización, enriqueciendo el movimiento de subjetivación. «La vuelta de las religiones... lleva en sí... el rechazo de la concepción que reduce la modernidad a la racionalización y priva así al individuo de toda defensa frente a un poder central cuyos medios de acción nunca tienen límite. Este retorno a lo religioso no entraña ninguna renovación de influencia de las Iglesias... No anuncia de forma necesaria el retorno a lo sagrado y a las creencias propiamente religiosas; al contrario, dado que la secularización está instalada con solidez, hace posible reconocer en la tradición religiosa una referencia al sujeto que puede ser movilizadora contra el poder de los aparatos económicos, políticos o mediáticos» (A. TOURAINE, 1993: 275).

Esta individualización ha encontrado un te-

reno muy abonado entre las sociedades del Sur, que —en el caso de España— ya eran individualistas antes de que llegaran los vientos de la individualización postmodernista. Ya en la *European Value Survey* de 1990 se pone de manifiesto que a las sociedades del Sur —excepto Portugal— es a las que, al evaluar los cambios deseados para el futuro de aquí a diez años, más les parece bien un énfasis (*maslowiano*) en el desarrollo del individuo y menos les parece bien que el énfasis se ponga en un acrecentamiento de los bienes y posesiones materiales. Todas ellas —Portugal incluido ahora— aspiran a un modo de vivir más sencillo y natural, siempre por encima de la media europea. Sólo Portugal enfatiza los componentes económicos y tecnológicos (los valores «materialistas» de INGLEHART) de un escenario futuro. En los demás países la relación entre materialismo y postmaterialismo es similar y no se producen desviaciones con respecto a la media europea.

Todo parece apuntar a que —si no en lo que respecta al proceso de racionalización— en lo que se refiere a subjetivación e individualización, los países del Sur —España— han alcanzado una cierta *convergencia* con los países centrales, aunque mantengamos las distancias respecto a lo que antes llamábamos modernización estructural. Nuestro acercamiento se produce en la modernización cultural y en el área de los valores, dentro de ese fenómeno más general que es la globalización de la cultura, el cosmopolitismo de las ideas y de los estilos de vida, que no tiene por qué implicar necesariamente homogeneización o cultura común, sino que puede equivaler, antes que a una uniformidad, a una organización de la diversidad.

Pero la convergencia no se produce sin una *divergencia* concomitante. Esta última se refiere a la preservación de los valores tradicionales, sobre todo en cuanto se refieren a las identidades nacionales. Nos referimos al fenómeno de las «culturas nacionales», que es en donde se produce la diversificación y la divergencia. (Ahí están operando los movimientos de recuperación y preservación de las particulares «señas de identidad» de agrupaciones étnicas, lingüísticas y geográficas: los nuevos nacionalismos). Hay, pues, globalización en los nuevos valores, pero no en los tradicionales.

Estos nuevos particularismos —los nacionalismos, el renacimiento de lo religioso— forman parte de la modernidad que estamos viendo en el momento presente.

De manera que hoy no está claro qué es lo

que sea lo moderno, si seguimos para identificarlo los criterios de la razón universalista y de la secularización. Si por ello entendemos lo contemporáneo y lo nuevo, tendremos que considerar como tales esos movimientos de reacción particularista que constituyen los nacionalismos y los fundamentalismos religiosos. Si a éstos los consideramos como una manifestación de la *diversificación cultural*, que se opone a la uniformidad y a la globalización, estaríamos entrando entonces en una concepción nueva de la modernidad.

¿Pero entra también dentro de lo moderno el creciente progreso de la permisividad moral, por un lado, junto al de la intolerancia hacia el exterior: el rechazo al extranjero, por ejemplo? ¿Es más moderno estar a favor de la eutanasia y el aborto que estar en contra? ¿Es más moderno el justificar cada vez más una mayor libertad en la moral sexual y familiar, incluso en lo que podemos llamar moral ciudadana o disciplina cívica?

Si es así, podemos decir que se ha producido una cierta *convergencia* —respecto a los valores que se comparten— entre los países del Sur y los del Norte. La pluralidad y *fragmentación de valores*, consecuencia de la autonomía de los distintos subsistemas, favorece ese acercamiento. De manera que, por ejemplo, sube la liberalidad hacia el interior, la condescendencia con uno mismo, en tanto que se amontonan los filtros y barreras hacia el exterior, en defensa de la propia burbuja personal y como protección de un territorio propio, compuesto y delimitado tanto por espacios físicos como por valores y estilos socioculturales.

Esa convergencia dentro de la Europa occidental ha sido mayor, ciertamente, en cuanto se refiere a permisividad moral, principalmente en lo que hace relación a la moral sexual, a la familiar y personal, pero también en lo que se refiere a moralidad cívica, sin que pueda decirse de las sociedades del Sur —de la española— que difieran demasiado de las del Norte desde un punto de vista normativo, constituyéndose las poblaciones jóvenes en las puntas de lanza de esa permisividad, tanto en el Sur como en el Norte; presentándose como los abanderados de la modernidad.

4.3 Valores morales

4.3.1 Permisividad

En la Encuesta Europea de Valores, tanto en la de 1981 como en la de 1990, se listaron una

serie de acciones sobre las que habría que juzgar, en una escala de 1 a 10, si siempre se podían justificar (10) o que nunca se podían justificar (1). Los resultados dan cuenta del grado de permisividad de los que responden, entendida ésta como que aceptan el que otros tengan unos estándares diferentes a los propios, que es justamente lo que sustenta una sociedad plural en lo moral, en donde el control social ha sido sustituido por el principio de que las elecciones morales son elecciones personales (P. ESTER, L. HALMAN y R. DE MOOR, 1993: 56).

Las acciones que hay que justificar o no constituyen presuntamente ejercicios de permisividad o contravenciones de los códigos morales convencionales y dominantes. Cuanto más alto sea el *score* mayor será la contravención y más fuerte la permisividad que refleja. Los resultados muestran las siguientes estructuras jerárquicas, con sus bloques ordenados de mayor a menor importancia:

Rupturas de la vida y la familia (4,72)

Divorcio, 6,18; *Eutanasia*, 5,05; *Aborto*, 4,61; *Suicidio*, 3,06.

Libertad sexual (3,96)

Relaciones sexuales entre menores de edad, 4,41; *El tener una aventura fuera del matrimonio hombres y mujeres casados*, 3,52.

Contravenciones cívicas (3,38)

Evitar pagar el billete en algún transporte público, 4,02; *Mentir en tu propio interés personal*, 4,00; *Engañar en el pago de impuestos, si se puede*, 3,67; *Hacer ruido las noches de los fines de semana impidiendo el descanso de los vecinos*, 3,67; *No informar de los desperfectos que hayas podido provocar accidentalmente a un coche aparcado*, 2,82; *Que alguien acepte un soborno en el cumplimiento de sus obligaciones*, 2,03.

Adicción tóxica (3,07)

Emborracharse a propósito, 3,77; *Tomar drogas (marihuana o hachís)*, 2,37.

Desorden social (2,39)

Oponerse violentamente a agentes de la policía, 2,97; *Pena de muerte*, 2,95; *Terrorismo*, 1,26.

Esto es, lo que más se justifica son las rupturas de la vida y la familia, del divorcio al suicidio, las que más tienen que ver con las propias y privadas libertades personales.

Le sigue una libertad más específica y relacional, la libertad sexual, que en la formulación presente aparece asociando a sujetos específicos. Si la hubiéramos formulado con una expresión normativa, como un derecho abstracto de las personas (prescindiendo de su práctica), «si alguien dijera que cada individuo debe tener la posibilidad de disfrutar de completa libertad sexual, sin limitaciones», nos hubiéramos encontrado con una mayoría del 70 % de acuerdo y un 14 % en desacuerdo (DATA, 1993). En donde los que están de acuerdo con la proposición están defendiendo el derecho a una libertad personal, oponiéndose a sus restricciones o prohibiciones.

Hasta aquí las áreas en donde la *permisividad moral* es mayor, en donde ésta ha subido en España en los últimos quince años, acercándonos a los niveles europeos. Esto es, en el ámbito de lo privado y personal: en el del propio cuerpo y en el de la relación íntima con el otro.

Los niveles de permisividad van disminuyendo cuando pasamos del ámbito privado al de los espacios públicos y sociales, cuando pasamos al área de la *moralidad cívica*.

Semejante combinación —alta permisividad en lo personal, baja en lo cívico y social— es la que propone el modelo europeo, con lo que los españoles nos moveríamos dentro de una cierta convergencia y modernidad. Aunque a veces nos salimos de la misma, por lo que podría ser nuestra mayor indisciplina cívica. Así, las *European Value Surveys* muestran cómo la población española (y, dentro de ella, los jóvenes más que nadie) supera a la media europea en cuanto a permisividad, justificando más que ella acciones inciviles o insolidarias tales como las de «reclamar beneficios del Estado a los que uno no tiene derecho», «evitar pagar el billete en algún transporte público», «guardarse para sí un dinero que se ha encontrado», «coger y conducir un coche que pertenece a alguien que usted no conoce».

Pero si pensamos que en el resto de «virtudes cívicas» no nos encontramos en peor situación que la de la media europea, podremos concluir en el diagnóstico de convergencia y modernidad antes señalado, al menos al nivel normativo y de valores morales.

A lo largo de la última década los niveles de permisividad de los jóvenes quizá hayan aumentado ligeramente, principalmente en el área de la sexualidad y la moral privada, pero no ha sido así en todos los casos (*Tabla 4.2*). Por ejemplo, ha disminuido la legitimidad social de la droga, no parece que cobren fuerza

las conductas de violencia², el fraude fiscal es menos aceptado ahora que en el 89, no ha subido la aceptación de la aventura extramarital con respecto al 84 (lo que se acompasa con la actual valoración de la fidelidad matrimonial), se acepta menos que en el 89 el soborno y el no informar de los desperfectos que haya podido provocar accidentalmente a un coche aparcado. Es decir, que la evolución española se ha ido produciendo en el sentido del modelo europeo.

En todos los casos, los jóvenes —en comparación con los adultos— son siempre los que presentan unos mayores índices de permisividad. Nos referimos a la población de 15 a 24 años, que a veces comparte su alta permisividad con la cohorte que les sigue, con los que tienen de 25 a 34 años. Estos últimos son más permisivos que los más jóvenes en lo que se refiere a justificar divorcio, aborto, prostitución y homosexualidad. Los de 15 a 24, en cambio, justifican más que sus hermanos mayores la droga y las relaciones sexuales entre menores (DATA, 1993).

No nos puede sorprender esta orientación de las poblaciones jóvenes, dado su relativismo moral, superior al de las poblaciones que pasaron ya de los 45 años. De los 15 a los 44, por ejemplo, son sólo una quinta parte aquellos para quienes está claro lo que es el bien y el mal; para la mayoría eso depende de las circunstancias y de las situaciones, lo que lleva a justificar en mayor medida cualquier acción.

Si nos detenemos en el universo de nuestra encuesta, esto es, en la población de 15 a 24 años, comprobaremos las diferencias por edad que se producen dentro de ella, y cómo las actitudes no son monolíticas, variando en cada segmento de edad según la acción de que se trate. Las comparaciones relativas producen el esquema de la columna de la derecha.

Esas diferencias ponen de relieve las contingencias del proceso de socialización por el que pasan los jóvenes desde la adolescencia de los 15 años a la juvenil madurez de los 24. A medida que pasan los años se va justificando más el fraude fiscal, las drogas, las aventuras extramaritales, el aborto, el divorcio, la eutanasia y el suicidio. Mientras que conforme se descende hasta la adolescencia, se tiende a justificar más el no informar de los desperfec-

Edad	Máxima justificación ↑	Mínima justificación
15-17	<ul style="list-style-type: none"> No informar de los desperfectos en un coche Sexo entre menores Hacer ruido Soborno Terrorismo 	<ul style="list-style-type: none"> Engañar en impuestos Drogas Aborto Divorcio Oponerse a la policía Eutanasia Suicidio
18-20	<ul style="list-style-type: none"> Emborracharse Penas de muerte Sexo entre menores Soborno Oponerse a la policía 	<ul style="list-style-type: none"> Mentir Aventura extramarital
21-24	<ul style="list-style-type: none"> No pagar billete Engañar en impuestos Drogas Aventura extramarital Aborto Divorcio Eutanasia Suicidio 	<ul style="list-style-type: none"> No informar de los desperfectos en un coche Emborracharse Penas de muerte Sexo entre menores Hacer ruido Soborno

tos causados a un coche aparcado, el hacer ruido por las noches de los fines de semana y el emborracharse, cosas que quizá los adolescentes juzguen como simples pillerías o gamberradas; pero también se justifica más el sexo entre menores, en donde están defendiendo su parcela de libertad, así como la pena de muerte, el soborno e incluso el terrorismo, probable consecuencia de los menos flexibles esquemas mentales de la adolescencia. Mientras que las rupturas familiares y matrimoniales, los impuestos, incluso la droga, son asuntos más cercanos a los mayores. Y así se suceden los hitos del proceso de socialización desde la adolescencia a la juventud.

Esa socialización opera de una manera distinta según el género, de modo que en todos los casos son siempre los hombres los más permisivos.

Asimismo, es en los grandes núcleos urbanos —en las poblaciones de más de 200.000 habitantes— en donde la permisividad es más fuerte, lo que contrasta con las mayores restricciones y controles de los núcleos de menos de 10.000 habitantes.

Se produce también una relación positiva entre permisividad, por un lado, y clase social o estatus alto e izquierdismo político, por el otro. Asimismo, a medida que pasamos de una condición de religiosidad a otra de indiferencia, agnosticismo y no creencia, la permisividad se va haciendo más fuerte.

² Del 91 al 93 ha disminuido, por ejemplo, la proporción de jóvenes a los que «de vez en cuando (les) gusta hacer algo peligroso o prohibido simplemente por sentir la emoción y el riesgo que eso supone» (DATA, 1993).

TABLA 4.2

Hasta qué punto se justifican una serie de acciones
(1 = nunca; 10 = siempre)

	1993	1989	1984
Divorcio	6,18	6,09	6,36
Eutanasia	5,05	4,80	4,12
Aborto	4,61	4,48	4,34
Relaciones sexuales entre menores	4,41	4,46	4,30
No pagar billete en transporte público	4,02	4,00	3,49
Mentir en propio interés personal	4,00	3,80	3,18
Prostitución	3,83	3,61	—
Emborracharse a propósito	3,77	—	—
Engañar en el pago de impuestos	3,74	4,05	3,45
El tener una aventura fuera del matrimonio hombres y mujeres casados	3,52	3,15	3,57
Hacer ruido las noches de los fines de semana impidiendo el descanso de los vecinos	3,67	—	—
Suicidio	3,06	2,88	2,57
Oponerse violentamente a agentes de la policía	2,97	3,16	2,81
Penas de muerte	2,95	—	—
No informar de los desperfectos que haya podido provocar accidentalmente a un coche aparcado	2,82	3,04	2,61
Tomar drogas (mañuana o hachís)	2,37	2,62	2,52
Que alguien acepte un soborno en el cumplimiento de sus obligaciones	2,03	2,23	1,96
Terrorismo	1,26	—	—

Fuente: DATA 1993.

Con lo que resulta que la combinación resultante de pertenecer a la clase alta y media-alta junto con una posición política de izquierdas es la que nos da el tipo más permisivo.

En esa misma clase la posición de derechas produce una mezcla de permisividad y restricción. Pero los tipos realmente más restrictivos los encontramos en las clases medias-bajas y bajas, sobre todo en el segmento de media-baja que mantiene posiciones de derecha.

De un modo simétrico, la orientación más restrictiva o moral es la de los católicos practicantes que, además, se ubican en la derecha. Mientras que en el polo opuesto la orientación más permisiva es la de los indiferentes y no creyentes que, además, se ubican en posiciones de izquierda.

Pero con la combinación de las dos variables ideológicas, la política y la religiosa, las correspondencias no son tan automáticas. Así, aparecen algunos supuestos de permisividad

en quienes combinan derecha política y ausencia de religiosidad. De manera que quienes se ubican en la derecha pero son católicos no practicantes justifican en mayor medida que los de izquierdas las acciones de emborracharse, ruido por las noches, mentir y sexo entre menores. Y quienes se ubican en la derecha pero son indiferentes o no creyentes justifican en mayor proporción que los de izquierda el fraude fiscal y la pena de muerte.

Podría decirse, entonces, que la permisividad es una orientación moral asociada mayoritariamente con posiciones de izquierda, pero que también hay que contar con una más débil permisividad en la derecha en el caso de que esta última se asocie con gente de baja o nula religiosidad. En este último caso es cuando se abren las puertas para una mayor laxitud moral. Claro que ello sucede solamente ante ciertos supuestos —los que hemos indicado antes—, y que recuerdan los justificados por los adolescentes.

Nosotros hemos seleccionado dos parejas de ellos: una, el aborto y la eutanasia; otra, el emborracharse y la pena de muerte. La primera pareja de acciones es justificada diferencialmente por los jóvenes que ya han pasado de los 20 y cobra más fuerza conforme se pasa de posiciones de alta religiosidad a otras de baja o nula creencia religiosa. La posición política matiza la orientación en cada segmento, de manera que en la derecha de cada segmento la orientación es más restrictiva que en su correspondiente de la izquierda, formándose la «escalera» o quebrado del Gráfico 4.4.

La segunda pareja de acciones muestra una línea de tendencia más debilitada que la de la primera, pudiéndose observar cómo la posición de derecha registra los «picos» de permisividad, sobre todo en cuanto se refiere a justificar la pena de muerte.

Como resultado de estos cruces de tendencia, se hace interesante el contraste, por ejemplo, entre los perfiles de los «defensores» de la pena de muerte y el de los que justifican el oponerse violentamente a la policía. En ambos casos los protagonistas pertenecen a la clase alta y media-alta, y son chicos (que es en donde se ubica la permisividad en todos los supuestos). Pero en los primeros prima la intolerancia, se ubican en la derecha política y consideran el de la seguridad como un problema importante. En los que luchan contra la policía, en cambio, hay más tolerancia; se ubican en la izquierda política y están más politizados que los demás: consideran como problemas importantes el del poder de los parti-

dos y el de la corrupción política: no están entusiasmados con el modo como está funcionando la democracia; se ubican en el segmento de los indiferentes y no creyentes en materia religiosa.

En conclusión, se observa una homogeneidad en las alineaciones que se producen respecto a los valores que están detrás de una permisividad moral: de una manera muy clara con respecto al divorcio, aborto, eutanasia y suicidio. Y una cierta heterogeneidad en lo que se refiere a los valores que están detrás de la moralidad cívica y el orden social.

4.3.2 Tolerancia

La *tolerancia normativa*, esto es, la que indica el «no encontrarse a disgusto con las ideas, opiniones y creencias de los demás», ha ido creciendo entre los jóvenes españoles en los últimos años. Parece que ésa ha sido la evolución natural de la sociedad española en general, y así lo prueban las encuestas de jóvenes de la Fundación Santa María de 1984 y 1989.

En justa correspondencia a ese incremento de la tolerancia normativa —consecuencia de la progresiva acentuación de los rasgos de pluralidad de nuestra sociedad—, parece que debería haberse mantenido una simétrica tolerancia hacia los grupos y las personas. Pero esto no es lo que ha sucedido en Europa durante la última década, como lo demuestran las Encuestas Europeas de Valores y las publicadas por la Comisión de las Comunidades Europeas en sus Eurobarómetros (P. ESTER, L. HALMAN, R. DE MOOR, 1993: 77). La tolerancia hacia los grupos étnicos distintos al nuestro, hacia extranjeros y trabajadores inmigrantes, ha disminuido en Europa. Únicamente en el Sur es en donde los rechazos han sido menores, aunque últimamente han subido en Italia y Grecia, quedando la Península Ibérica como bastión de las actitudes más solidarias (EUROBAROMETER, 1993: 85). Y ello contando con que también en España se ha producido ese fenómeno de discriminación y segregación (ORIZO, 1991: 107), pero con mucha menor fuerza que en el resto europeo.

En cualquier caso es entre las poblaciones jóvenes en donde ha sido siempre máxima la tolerancia hacia los otros grupos étnicos, inmigrantes, minorías, desviados y marginales. Es el segmento de los 15-24 años el más tolerante, disposición que comparte con el que

le sigue, el de los 25-34 años. Y dentro de esa común orientación de los jóvenes y jóvenes adultos, destaca la mayor condescendencia de los que tienen 15-24 años con respecto a la gente que bebe y se droga, y con los de extrema derecha; mientras que los que ya tienen 25-34 años la ejercen relativamente más que los primeros con respecto a homosexuales, gente de extrema izquierda, musulmanes y con antecedentes penales (DATA, 1993). Lo cual pone de relieve los distintos rasgos del proceso de socialización, valores y características que se van asociando con cada etapa del ciclo vital del individuo. La tolerancia de que ahora se hace gala se corresponde con las pautas de permisividad que anteriormente habíamos observado en esos mismos segmentos. Digamos que la tolerancia de quienes tienen 25-34 años tiene un carácter cívico y liberal que no tiene la de los más jóvenes. El escenario en el que se desempeña cada grupo de edad es distinto, y ello se hace notar en las prioridades de la tolerancia de cada uno.

En la Encuesta de Jóvenes de octubre de 1993 hemos aplicado una pregunta procedente de las Encuestas de Valores, la de «tipos de gente que no te gustaría tener como vecino», a la que en esta ocasión añadimos otras tres más: *tipos de gente que no le gustaría tener como miembro de tu familia/de tu grupo de amigos/como compañero de trabajo*. Los resultados son los que siguen:

Tipos de gente a los que no le gustaría tener como...

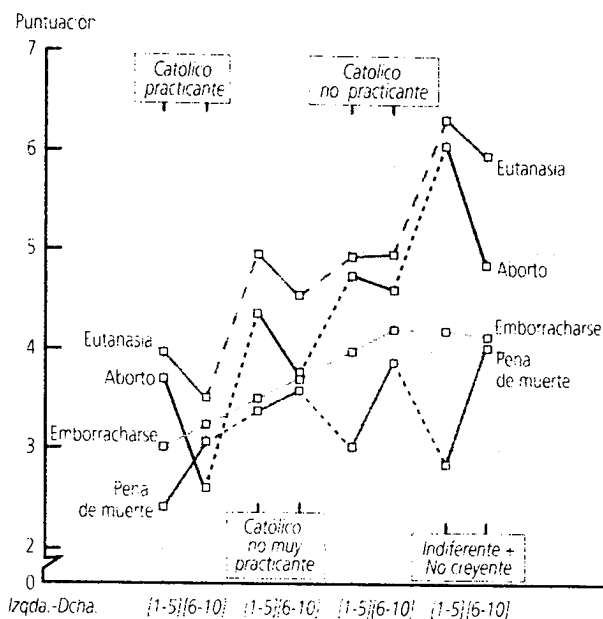
	Vecino	Compañero de trabajo	Miembro de tu grupo de amigos	Miembro de tu familia
Neonazis	67	69	73	76
Skinheads, punkies, okupas	58	58	62	66
Drogadictos	52	54	61	69
Gente dada a la bebida	33	36	40	48
Personas con antecedentes penales	24	24	27	31
Gitanos	19	17	19	24
Personas con sida	18	20	24	33
Homosexuales, gays y lesbianas	18	19	24	30
Trabajadores inmigrantes/extranjeros	6	6	6	8
Gente de otra raza	5	5	6	9

Gráfico 4.4

Hasta qué punto se pueden justificar unas acciones

(1= nunca; 10= siempre), según la religión

y autoubicación política (1= izqda.; 10= dcha.)



Los resultados muestran una alta correlación entre la discriminación o segregación que se practica en todos los supuestos, y que va desde una máxima tolerancia que se ejerce con los vecinos a la mínima que se admite para tener al imputado como miembro de la familia. Se dibuja una «escalera» en prácticamente todos los casos, que va de la tolerancia del vecino, pasa por la del compañero de trabajo, sube a la del amigo y acaba en el rellano en donde se aplican los más estrictos criterios de selección: en el de admitir a alguien dentro de la familia.

El recorrido se produce en el mismo sentido en todos los casos, pero el rango tiene la máxima distancia en los supuestos de personas con sida, de otra raza y homosexuales. Ahí es donde la discriminación ejercida en el ámbito familiar supera proporcional o relativamente lo que le correspondería, dada su aceptación como vecinos. Las mínimas distancias se producen con respecto a los neonazis y los *skinheads/punkies/okupas*, en donde debemos leer que no ya como familiares sino que también como vecinos obtienen los máximos rechazos. Los drogadictos ganan a los *skinheads/punkies/okupas* en rechazo familiar, pero no son tan rechazados como vecinos.

Si nos detenemos en el examen de la discriminación ejercida a la hora de seleccionar un vecino, el margen en que nos movemos va

desde el mínimo de un 36 % de tolerancia potencial (la que se ejerce con los neonazis, que son los más rechazados) a un máximo del 95 % (la que se declara con respecto a gente de otra raza).

De hecho, la evolución del indicador en el segmento de 18-24 años en las Encuestas Europeas de Valores de 1981 y 1990, puestas en relación con nuestra Encuesta de Jóvenes de 1993 (Tabla 4.3), nos sugiere que, si bien se produjo un aumento de las actitudes segregacionistas y discriminatorias en el período que va del 81 al 90, no parece que esa tendencia se haya asentado entre los jóvenes de 1993. Al revés, parece que hoy los jóvenes expresan menos rechazos y, por lo tanto, hay lugar a pensar en una ganancia del valor solidaridad o fraternidad (que en última instancia procede del de igualdad).

Esta solidaridad se produce no sólo en el ámbito de la proximidad o cercanía (en la vecindad, en el trabajo, entre los amigos, en la familia) sino que se manifiesta asimismo en un área conflictiva, en la de la igualdad de derechos para obtener un trabajo. Esa igualdad se negaba más en el 90 que ahora, como puede verse en la Tabla 4.4, principalmente en el supuesto de admitir a nativos antes que a emigrantes o extranjeros y en el de que la gente se jubile antes.

Aunque las prioridades adoptan el mismo sentido que antes, ahora la discriminación para el trabajo ha perdido fuerza y es menor que hace tres años. A quien más se sigue discriminando es a inmigrantes y extranjeros (44 %) y a los mayores para que se jubilen

TABLA 4.3

Gente a la que no gustaría tener como vecinos, entre poblaciones de 18-24 años (%)

	1993	1990	1981
Drogadictos	50	49	—
Gente dada a la bebida	32	34	31
Personas con antecedentes penales	23	29	25
Homosexuales, gays y lesbianas	16	22	—
Personas con sida	18	25	—
Gente de otra raza	5	5	6
Trabajadores inmigrantes/extranjeros	6	5	1
Gente emocionalmente inestable	19	23	16
Extremistas de derecha	17	22	21
Extremistas de izquierda	11	19	20
	197%	233%	

¹ En 1990: «Homosexuales».

² Fuente: DATA, 1993.

antes (33 %); bastante menos a las mujeres (12 %) y a los disminuidos (9 %). En conclusión, podríamos decir que el saldo es positivo para los jóvenes de 1993: han ganado en tolerancia con respecto a los de finales de la década de los 80 y principios de los 90.

Las actitudes de tolerancia (de no discriminar y segregar) correlacionan, en general, con las de permisividad moral, pero no es así siempre.

Por ejemplo, no son sólo los jóvenes de núcleos pequeños de población los que —siendo menos permisivos— manifiestan más intolerancia (hacia otra raza, homosexuales, enfermos de sida, *skinheads*, *punkies* y *okupas*), sino que también los jóvenes de grandes núcleos —que eran los más permisivos— manifiestan rasgos similares de intolerancia. La discriminación para trabajar, además, va subiendo de tono conforme va aumentando el tamaño de población, sobre todo con respecto a los disminuidos y las mujeres.

Con toda probabilidad, las actitudes discriminatorias se refuerzan ante la proximidad (y la de su competencia en el mercado laboral) de los otros segmentos de la población (de las mujeres, por ejemplo).

Asimismo, los hombres —que eran más permisivos que las mujeres— resultan ser ahora más intolerantes que ellas, tanto para admitir a otra gente como vecinos como para admitir el derecho de otros al trabajo.

El transcurso de la edad marca el paso de actitudes de intolerancia a otras de tolerancia. Los adolescentes de 15 a 17 años son más intolerantes y restrictivos que sus hermanos mayores. Son los que menos admitirían como ve-

cinos a drogadictos, gente con antecedentes penales, bebedores, homosexuales y gitanos, y, en cambio, son los que menos pegas les pondrían a neonazis y enfermos de sida. Y, pese a su alejamiento del mercado de trabajo, muestran una más fuerte orientación discriminatoria respecto al mismo.

Tampoco la variable religiosa opera tan clara y linealmente como sucedía con los supuestos de permisividad moral. Ciertamente, una mayor intolerancia con las personas (excepto con neonazis) se produce entre quienes declaran los máximos grados de religiosidad, que se convierte en una cierta tolerancia entre quienes se declaran católicos no practicantes e indiferentes (aunque no en lo que se refiere a no discriminar en el trabajo a inmigrantes y extranjeros), y registrándose posiciones mixtas al final de la escala, en donde una base de tolerancia registra algunas vetas de segregacionismo entre los agnósticos (respecto a trabajadores extranjeros, gitanos y personas con sida) y entre los no creyentes (neonazis y trabajadores extranjeros).

En cambio, las que sí funcionan correspondiente y simétricamente con sus pautas de permisividad son las variables sociales y políticas. La clase social familiar opera de modo que es en los niveles de clase alta y media-alta, de alta permisividad, en donde se produce también la máxima tolerancia (aunque con una cierta discriminación laboral de los disminuidos), que se va convirtiendo en intolerancia o insolidaridad cuando se desciende a los niveles de la clase media-baja y de la clase baja, que constituían también —recordemos— espacios de baja permisividad.

TABLA 4.4

Discriminación en el trabajo

	Cuando los puestos de trabajo escasean.					
	Acuerdo		Desacuerdo		Ni acuerdo ni desacuerdo	
	1993	1990	1993	1990	1993	1990
Los patrones deberían admitir antes a los nativos que a los inmigrantes extranjeros.....	44	73	41	18	16	9
Se debería forzar a la gente a jubilarse antes	33	50	50	35	16	16
Los hombres tienen más derecho que las mujeres a un puesto de trabajo.....	12	14	77	78	11	8
No es justo dar trabajo a personas disminuidas cuando las físicamente capacitadas no pueden encontrar trabajo	9	15	76	67	14	18

NOTA. Se trata de jóvenes de 18-24 años.

Los datos de 1990 se refieren a la Encuesta Europea de Valores.

Los «no sabe, no contesta» se incluyen en «ni de acuerdo ni en desacuerdo».

Asimismo, conforme se pasa de posiciones de izquierda política (permisiva) a otras de derecha (restrictiva), se pasa también de orientaciones de tolerancia (excepto con los neonazis) a otras de intolerancia y de discriminación laboral. Por eso los votantes del PP y de partidos nacionalistas son los más intolerantes con los otros y los más restrictivos para el trabajo de los inmigrantes, siendo los de IU los más tolerantes y los menos segregacionistas. También los partidarios de los Verdes se cuentan entre los más tolerantes, aunque no se resisten a discriminar laboralmente a mujeres y disminuidos. Mientras que los votantes del PSOE quedan en un terreno de nadie, indefinidos.

La tolerancia, pues, se asocia con la posesión de códigos morales permisivos, aunque ello no suceda en todas las ocasiones (como no sucede en condiciones de baja religiosidad). Y la intransigencia moral, la baja permisividad, tiene toda la probabilidad de asociarse con posiciones de intolerancia.

La variable que funciona ahora es la socio-política y no la religiosa u otra demográfica. El factor que explica las disposiciones de tolerancia y solidaridad es el político. La ubicación política modifica la influencia de la condición social (ocupacional) de origen, de manera que la clase alta y media-alta dé los máximos de tolerancia, pero no en quienes dentro de ella se reclaman de derechas. Lo mismo que la baja religiosidad dé tolerancia en quienes dentro de ella se declaran de izquierdas, mientras que da intolerancia a quienes lo hacen de derechas. En la clase baja (que era la menos permisiva) la intolerancia es más de derechas que de izquierdas. Y es en quienes se proclaman de derechas dentro de las clases media-media y media-baja en donde se alcanza el máximo de intolerancias y discriminaciones (con la excepción de los neonazis. Ver *Gráfico 4.5*), y eran también quienes mostraban posiciones de intransigencia moral. Es decir, que el estilo y la cosmovisión que provee una posición de derechas lleva a manifestaciones de intolerancia, segregación e insolidaridad, antes que el que proporciona una visión de izquierdas.

En conclusión, en cuanto se refiere a las áreas de permisividad y tolerancia, parece como si se aplicaran códigos normativos distintos: uno, bastante laxo, que se refiere a la moral sexual, familiar y de ruptura de la vida; otro, menos laxo, que se aplica al comportamiento cívico y relacional; otro, más estricto, que organiza el espacio próximo físico y hu-

mano en que nos movemos, y, finalmente, el más rígido y menos elástico, el más estricto, el que discrimina a unos u otros grupos en la pugna por el puesto de trabajo.

La secuencia, pues, parte de la amplia esfera de la permisividad, que se va reduciendo en lo que se refiere a tolerancia, y que se hace muy pequeña en cuanto toca a la discriminación laboral. Lo que está menos claro es la correspondencia moral de esta secuencia.

¿Porque es un único código de valores morales el que se aplica cuando se pasa de la permisividad en lo privado (respecto a «la conducta de los demás, en tanto a mí no me afecte») a la intolerancia e insolidaridad en el espacio público («cuando me tengo que relacionar con el otro»)? ¿Se puede progresar en una cierta moralidad cívica (no justificar la droga y el soborno, por ejemplo) al mismo tiempo que se discrimina en el trabajo a inmigrantes y extranjeros? ¿Es moral lo primero e inmoral lo segundo? ¿O no hay variaciones morales, y tampoco hay tal insolidaridad sino un princi-

Gráfico 4.5

A quiénes nos gustaría tener como vecinos, según la clase social ocupacional y autoubicación política (1 = izqda. : 10 = dcha.)

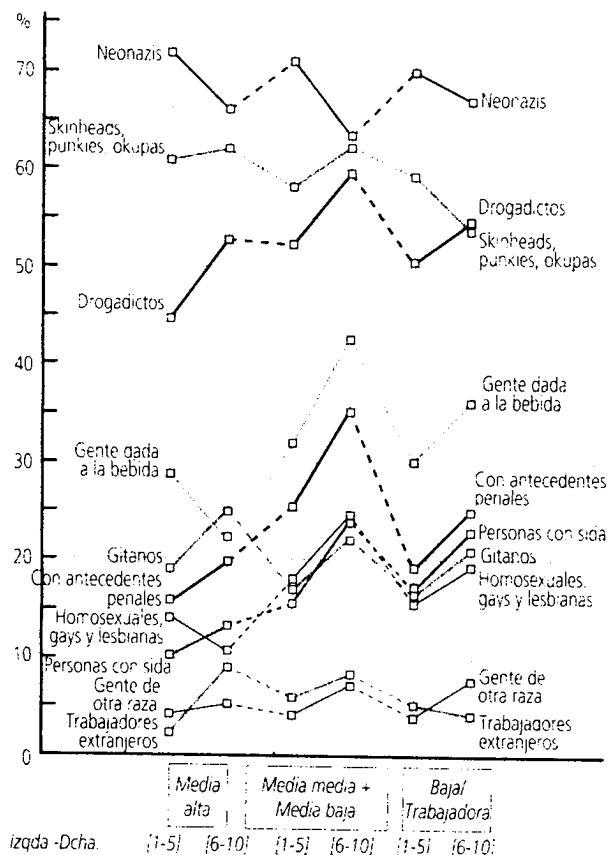


TABLA 4.5

Libertad e igualdad

Consideraría...	15-24		18-24		
	1993	1989	1993	1990	1981
La libertad personal como lo más importante, esto es, el que cada cual pueda vivir en libertad y desarrollarse sin obstáculos	43	40	46	51	45
La igualdad como lo más importante, esto es, el que nadie se vea desfavorecido y el que las diferencias de clase social no sean tan fuertes	45	33	43	36	33
Ni una cosa ni otra	12	16	10	8	15
NS, NC	*	12	*	5	7
	100 %				

pio de selección de ambientes y de personas, una reacción defensiva que busca la pervivencia de un orden social? ¿Qué regla moral fija, entonces, los límites entre una necesidad de orden y unas demandas de solidaridad y fraternidad?

En todo caso son los jóvenes —mucho más que los adultos— los que, desde una plataforma de alta permisividad moral, han traspasado los límites y se han acercado más que nadie a las tierras de la tolerancia y de la permisividad.

Ésos han sido precisamente los signos de su evolución en los últimos cinco años: 1) una subida en sus cotas de permisividad moral; 2) el mantenimiento de una cierta moral cívica, sin que se observen especiales indisciplinas sociales que les pudieran hacer diferentes a otros jóvenes europeos; 3) una acentuación de sus actitudes de solidaridad, que se manifiestan en una mayor tolerancia para con los otros y una menor fuerza de sus actitudes segregacionistas y discriminatorias.

4.4 Libertad e igualdad económica

Ese progreso de la solidaridad en los jóvenes de 1993 que acabamos de ver bajo el epígrafe anterior tiene un «coste» correlativo: el del menor peso relativo del valor «libertad» y de sus subsidiarios. En la *Tabla 4.5* se comprueba cómo, ante la alternativa de elegir la libertad o la igualdad, la relación entre ambas, que ha sido siempre bastante favorable a

la libertad, se ha trocado casi en un empate a finales de 1993.

Lo que cambia la relación es el movimiento de los indecisos (los que «no saben, no contestan» o dicen «ni una cosa ni otra»). En la EVS de 1990 los indecisos de diez años antes se pasaron al campo de la libertad, de acuerdo con los vientos de empuje y desarrollo que todavía soplaban en mayo de ese año. En el último trimestre de 1993 los indecisos han pasado a engrosar el campo de la igualdad, si los comparamos con los de la Encuesta de Jóvenes de 1989, es decir, se han sumado a la idea de que «nadie se vea desfavorecido y que las diferencias de clase social no sean tan fuertes».

Correspondientemente con tal avance, la relación entre valores asociados a la igualdad (que incluye un papel activo del Estado y que permite otros intervencionismos), por una parte, y los valores asociados a la libertad (que se asocia al esfuerzo y responsabilidad del individuo), por la otra, se decanta ahora algo más que hace tres años en favor de los primeros, como se comprueba en la *Tabla 4.6*.

TABLA 4.6

Iniciativa y esfuerzo individual vs. igualitarismo, regulación y papel del Estado (jóvenes 18-24 años)

	1993	1990
Los ingresos deberían hacerse más iguales (1) - Debería haber mayores incentivos para el esfuerzo individual (10)	5,17	3,20
Debería incrementarse la propiedad privada de las empresas (1) - Debería incrementarse la propiedad estatal de las empresas (10)	5,17	5,07
Las personas deberían asumir individualmente más responsabilidades en cuanto a proveerse de medios de vida para sí mismos (1) - El Estado debería asumir más responsabilidades en cuanto a asegurarse de proporcionar medios de vida a todo el mundo (10)	6,06	5,81
La competencia es buena. Estimula a la gente a trabajar duro y a desarrollar nuevas ideas (1) - La competencia es perjudicial. Saca a flote lo peor de las personas (10)	4,35	4,24
A largo plazo el trabajar duro suele proporcionar una vida mejor (1) - El trabajar duro no suele traer el éxito. Es más una cuestión de suerte y de contactos (10)	5,47	5,21

TABLA 4.7

El reparto del trabajo y salario

Ante el paro unos dicen: *Lo que hay que hacer es repartir el trabajo y el salario entre todos, trabajando menos horas y ganando menos.* Otros dicen: *Los que trabajan no tienen por qué repartir, ya que a ellos no les corresponde solucionar esas cosas; para eso está el subsidio del paro. ¿Con cuál está más de acuerdo?*

	Jóvenes	Población Nov. 1992	
	Oct. 1993	15-24	25 +
Hay que repartir el trabajo y el salario entre todos	72	57	59
Los que trabajan no tienen por qué repartir	27	41	38
NS, NC	1	2	2
	100 %		

De todas las maneras, de lo que hay que hablar es de una mixtura o cruce de referencias de valores, cuyo saldo final es el de una ligera ventaja adjudicada al papel proveedor del Estado frente a las responsabilidades individuales, al tiempo que el de una ventaja concedida a un término antitético, al del estímulo positivo de la competencia. Se combina, asimismo, una ligera prioridad para la igualdad de ingresos con una de incremento de la propiedad privada de las empresas.

En términos absolutos —y aunque el sentido del cambio se haya producido en dirección a la igualdad— todavía los referentes del valor libertad, ganan por unas décimas a los del valor igualdad, principalmente por la relevancia atribuida al valor estimulante de la competencia y, luego, a la propiedad privada de las empresas.

Pero después de este cruce de influencias, el «empate» se rompe de nuevo con la asunción de la idea igualitaria del reparto del trabajo y del salario entre todos, como solución para enfrentarse al problema del paro (Tabla 4.7). Las casi tres cuartas partes que ahora están a favor de esa idea contrastan con el 57 % de un año antes (DATA, 1992).

El cambio hacia referencias del valor igualdad cobra en este caso una especial intensidad, probablemente por la influencia de la resonancia pública que la idea del reparto del trabajo adquirió en los medios de comunicación en aquellas fechas (octubre de 1993), aunque luego la campaña acabara disipándose.

Esta presión hacia los valores igualitarios —que se produce rompiendo la natural tendencia evolutiva en la década de los 80 hacia

los valores de libertad— crea remolinos y corrientes de signo no definido en su segmentación ideológica, de manera que, por ejemplo, las variables política y religiosa dejan de operar con su contundencia habitual.

A manera de resumen transcribiremos los grupos que destacan relativamente en la defensa de uno u otro polo de valores:

Igualdad/Estado	Iniciativa/Esfuerzo individual/Libertad
...	Poblaciones de más de 200.000 hab.
Mujeres	...
15-17 años	18 y más años
Izquierda	Derecha
Clase baja/trabajadora (más los de izqda. que los de dcha.)	Clase alta y media-alta (y de dcha. sobre todo)
Votantes de los Verdes y, luego, de IU	Votantes del PP y, hasta cierto punto, de los nacionalistas
No creyentes y, hasta cierto punto, indiferentes (sobre todo los de izqda.)	Católicos practicantes en parte (sobre todo si se ubican en la derecha)
	Agnósticos

La clase social ocupacional y la orientación política son las variables que discriminan con mayor limpieza una u otra inclinación. La huida de las responsabilidades individuales y su adjudicación a la providencia del Estado es la orientación que más concentra los seguimientos, en dirección al polo del Estado (Gráfico 4.6). Otra que también los concentra es la referida al trabajo, pero esta vez en torno al punto medio de la escala. De manera que en estos dos ejes es en donde las unanimidades son mayores.

La máxima dispersión se produce, en cambio, en lo que se refiere a la propiedad privada/pública de las empresas, lo que supone la coexistencia de actitudes muy diferentes.

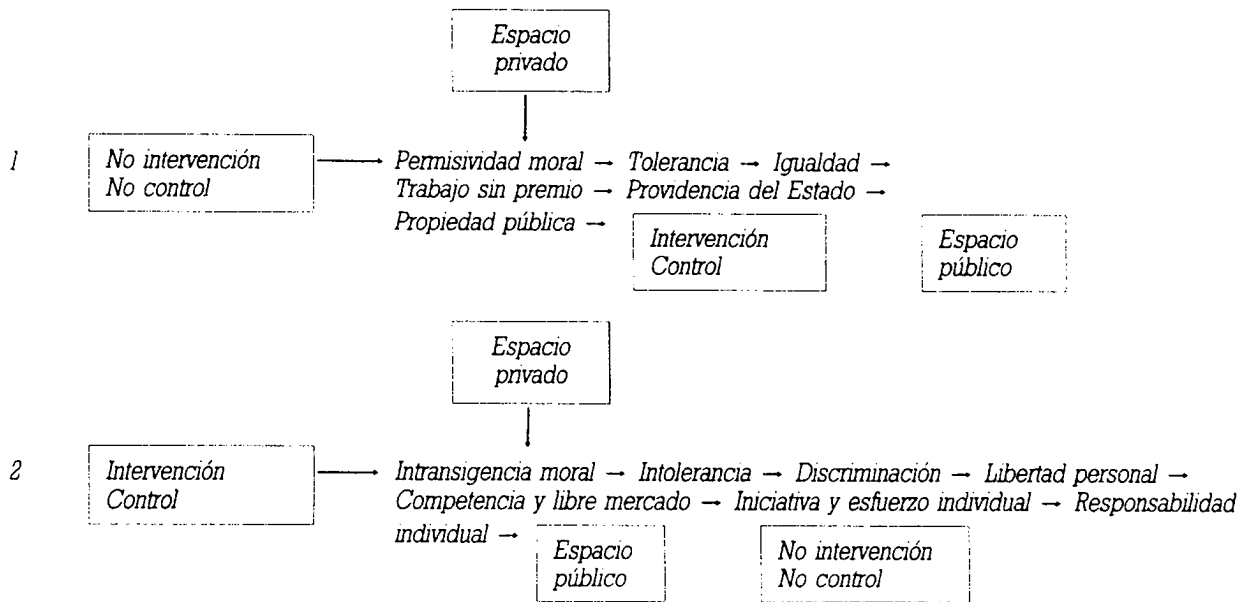
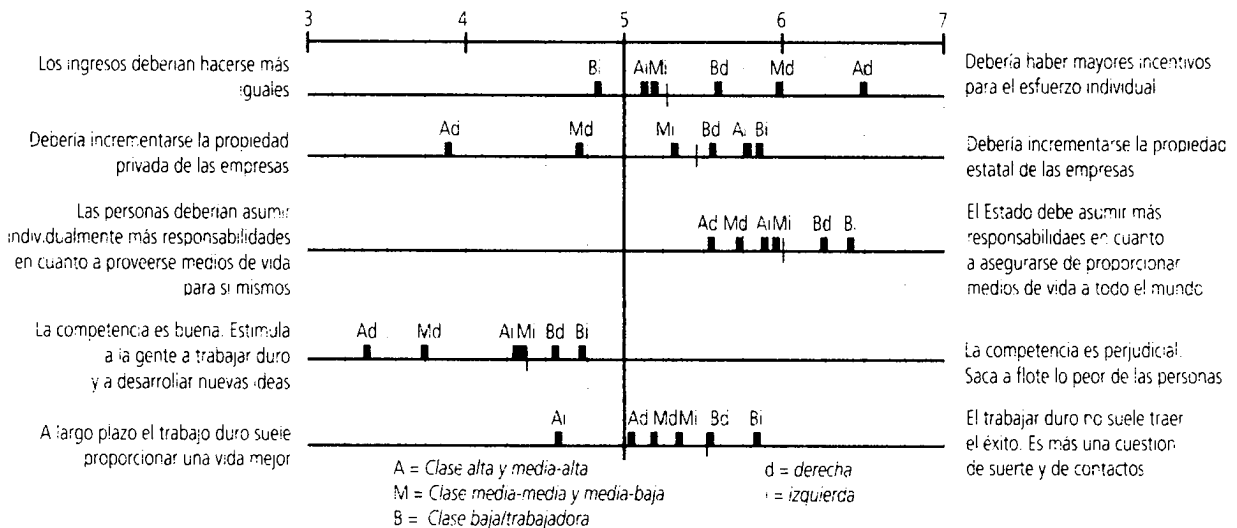
Y nos queda el igualitarismo en los ingresos vs. esfuerzo individual, que es el que provoca la separación más rotunda entre derecha e izquierda. Y la respuesta a la competencia, en donde, por el contrario, el factor social es más relevante que el político.

Así pues, la mayor variabilidad se produce en las áreas de opinión sobre la propiedad privada/pública de las empresas y sobre el igualitarismo de los ingresos vs. esfuerzo individual. Ahí es donde el consenso es menor. Constituyen, por tanto, terreno propicio para que los márgenes se estrechen y se produzca un cambio de actitudes.

Las variaciones se producirán en torno a dos ejes actitudinales, que, por lo que vamos viendo, se arman de la siguiente manera:

Gráfico 4.6

Esfuerzo individual, igualitarismo, papel del Estado y trabajo, según la clase social y autoubicación política



La ausencia de reglas y de control en el área de la moral privada se asocia con los valores igualitarios y con un control o intervención en el área de lo público. Ello conforma un eje actitudinal. En el otro, la intransigencia y rigor moral en lo privado se asocia, por el contrario, con la primacía de los valores de libertad, de una liberalización del sistema económico y del esfuerzo/responsabilidad individual.

4.5 Participación social

4.5.1 Las vías de socialización

El proceso de socialización de los jóvenes se produce básicamente a través de las vías de la familia, de los grupos de iguales o amigos y de las provenientes de las instituciones de

educación formal o centros de enseñanza. Luego, en su proceso de aprendizaje, el joven recibe la influencia de los medios de comunicación de masas (TV, prensa, radio, cine, libros); de las instituciones que transmiten ideologías y cosmovisiones, a saber, las políticas y religiosas, con las que eventualmente pueda entrar en contacto, y de las organizaciones y asociaciones de las que pueda formar parte.

En nuestra encuesta planteamos la pregunta: «¿Dónde piensas que se dicen las cosas más importantes para orientarse uno en esta vida: a) en cuanto a ideas e interpretaciones del mundo; b) en cuanto a los varios aspectos de la vida cotidiana?».

Los resultados se presentan así:

	<i>Ideas del mundo</i>	<i>Vida cotidiana</i>
En casa, con la familia	50	60
Entre los amigos	35	56
En los medios de comunicación: prensa, radio, TV	30	15
En los libros	20	7
En los centros de enseñanza (profesores)	21	9
En los partidos políticos	4	2
En la iglesia (sacerdotes, parroquias, obispos)	4	3

Para la vida cotidiana priman las vías «calientes» de la familia y de los amigos, es decir, los escenarios de la relación interpersonal.

Para proveerse de una cosmovisión y de unas guías de interpretación sobre cómo funciona el mundo, las que priman son las vías «frías», con los centros de enseñanza en una

situación intermedia. En cualquier caso, se trata de vías con una menor implicación emocional que las primeras.

Ahora bien, lo relevante es que en los últimos cinco años, tanto en una como en otra área, ha crecido la importancia de las vías «calientes». Decrecen las «frías», básicamente en el ámbito de las ideas e interpretaciones del mundo. La excepción la constituyen los centros de enseñanza —la vía menos «fría» dentro de este grupo—, que suben de importancia. Y tanto en uno como en otro caso, las que descienden son las instancias institucionales de tipo religioso o político (Iglesia y partidos).

Lo que está sucediendo es una pérdida de importancia de los medios de comunicación de masas, probablemente por dos razones. Una, la de una menor exposición a la información escrita (prensa y libros). Otra, la de un distanciamiento con respecto a la múltiple y abundante oferta audiovisual (TV y radio), frente a la que se han creado defensas y sobrentendidos, códigos que neutralizan y objetivan la relación, y ello a pesar de la existencia de una alta exposición (porque, junto con Gran Bretaña, somos el país europeo que más horas pasa delante del televisor). De ahí que si se admite una influencia de los medios es en lo relativo a los aspectos de la vida cotidiana en donde se admite (en lo más externo de los modelos de comportamiento y estilos de vida), antes que en cuanto a cosmovisiones o interpretaciones del mundo, terreno éste en el que ahora se marcan más distancias que hace cinco años (*Tabla 4.8*).

Ahora bien, la subida de las vías «calientes» de socialización se produce realmente en seg-

TABLA 4.8

Dónde piensas que se dicen las cosas más importantes para orientarse uno en esta vida

	<i>En ideas e interpretaciones del mundo</i>		<i>En la vida cotidiana</i>	
	<i>1993</i>	<i>1989</i>	<i>1993</i>	<i>1989</i>
En casa, con la familia	50	23	60	48
Entre los amigos	35	31	56	44
En los medios de comunicación: prensa, radio, TV	30	34	15	12
En los centros de enseñanza	21	14	9	5
En los libros	20	28	7	9
En la Iglesia (sacerdotes, parroquias, obispos)	4	16	2	4
En los partidos políticos	4	16	2	4
Otros	1	4	1	8
	165 %	166 %	153 %	137 %
En ningún sitio	2	8	1	8

mentos específicos: en los núcleos grandes, en los de más de 200.000 habitantes y en las clases altas y medias-altas. No se ha producido en los núcleos pequeños ni en las clases bajas. Parece como si en estas últimas se sufriera de una cierta soledad y de un mayor aislamiento en el mundo de las relaciones interpersonales, propiciando una mayor influencia de los medios «fríos», impersonales y de masas. Estas clases bajas son las que más sufrirían las disfunciones de una sociedad de masas sin intermediaciones. Serían las más proclives a asumir una influencia de los medios de masas, porque, además, son los que los valoran más positivamente.

Luego resulta que unos máximos de lectura de prensa se registran entre los jóvenes de núcleos de 50.000 a 200.000 habitantes, que son también quienes más valoran la prensa como institución, lo que da pie a pensar en el importante papel que está jugando una prensa local, provincial o regional mayor que la de los grandes núcleos urbanos, relativamente hablando.

Porque habrá que prestar atención a cuántos son los jóvenes que leen prensa, dado que éste es un hábito que no se ha extendido sino al revés: hoy son menos que hace diez años los que leen con regularidad el periódico. Véase:

Lee con regularidad el periódico, al menos 5 de cada 7 números (%)

<i>15-24 años</i>	
1993	40
1989	41
1984	45
<i>18-24 años</i>	
1993	45
1981	48

Los hombres leen más prensa que las mujeres, a la vez que hacen más caso a los amigos. Las mujeres se lo hacen a la familia.

La lectura de prensa crece conforme asciende la edad, de manera que los más expuestos son los de 21 a 24 años, siendo los de 15-17 los que menos la leen. Los primeros son los que más influencia atribuyen a los medios; los últimos, los que menos. Estos últimos, en cambio, es decir, los adolescentes, son los que más importancia le dan al centro de enseñanza y a la familia, valorando positivamente el papel de los medios. Si los leen menos y los

valoran mejor, tienen que «ofrendarse» como los más inermes ante su influencia; porque son, además, los menos vigilantes (los que más piensan que no influyen): los más vulnerables, por tanto.

Así, pues, la relación que caracteriza a adolescentes y clases bajas es la de [Bajo nivel de lectura de prensa - Poca (conciencia de su) influencia - Valoración positiva de la misma], mientras que en el otro extremo del eje, el que caracteriza a las clases altas y medias-altas, nos encontramos con la relación [Alto nivel de lectura de prensa - Valoración negativa de la misma - Reticencias sobre su influencia]. La socialización de los jóvenes próximos a este segundo polo sigue un proceso más crítico.

Y no sólo más crítico sino también de una mayor riqueza y pluralidad. La multiplicidad de fuentes y vías de socialización —tanto a nivel interpersonal como al de medios de masas y otras instancias ideológicas— es máxima en quienes viven en los grandes núcleos de población; incluso la familia y los amigos descienden de importancia en los pequeños núcleos. Con lo que se rompe el estereotipo de una pretendida comunalidad e intensidad de los lazos sociales de tipo interpersonal en las pequeñas poblaciones y en el ámbito rural, al menos entre los jóvenes.

Asimismo, cuando se desciende el escalón social desde las clases altas y medias-altas hasta las medias-bajas y bajas —por seguir utilizando una terminología convencional—, también se va produciendo simultáneamente una disminución de la pluralidad de las influencias (potenciales) y de las (presuntas) vías de socialización.

Realmente, este proceso de socialización es más un fenómeno de clase (o de estatus o de estrato socioeconómico) que de ideología o mentalidad, bien sea de orden religioso, o bien sea de orden político.

En el orden político parece ser relevante no tanto la ubicación izquierda-derecha como la concepción política concreta expresada a través de la preferencia por un partido político.

Así, los seguidores de partidos nacionalistas son los más expuestos a todas las vías de influencia y de socialización, Iglesia y partidos incluidos, pero admitiendo menos el papel de la familia y el de los medios. Los seguidores del PP, en cambio, son los que más suscriben libros, enseñanza y medios de comunicación, las instancias más «intelectuales».

Los partidarios de los Verdes no se significan si no es por los amigos, que combinan con una baja lectura de prensa.

Y los seguidores del PSOE, por último, se siguen caracterizando por su indefinición, su bajo nivel de lectura ahora y, en general, por su menor nivel de complejidad y pluralidad en sus fuentes de influencia y vías de socialización.

La variable religiosa muestra su heterogeneidad y la ausencia de una relación lineal. De manera que los dos «picos» que descuellan son los de los muy buenos católicos/católicos practicantes, por un lado, y la peculiar minoría de los agnósticos, por el otro (que realmente no equivalen a los que se apuntan como «indiferentes»). Son estos últimos los que se someten a una máxima pluralidad de fuentes de información y de influencia, sobre todo de amigos, libros, medios y partidos. Mientras que a quienes les siguen en pluralidad de vías de socialización nos los vamos a encontrar en el polo opuesto, en el de los muy buenos católicos/católicos practicantes, pero centrados éstos en la familia, la enseñanza y la Iglesia. Todo el resto, desde los no practicantes a los no creyentes, se mantiene fresco y neutral, aun con distintas ubicaciones religiosas.

4.5.2 Las instituciones

Dentro del clima general de deterioro público de las instituciones, parece como si semejante proceso se hubiera detenido entre los jóvenes de finales de 1993, sobre todo si a éstos los comparamos con los de 1989, no tanto con los de 1984 (*Tablas 1.9A y B*). El igualitarismo de los jóvenes de hoy contrasta con el *libertarismo* y la *iconoclastia* de finales de los 90, y ello se deja notar en la confianza que se deposita en las instituciones.

La evolución es notable en lo que se refiere al sistema de enseñanza, prensa, sindicatos, policía y parlamento de la comunidad autónoma, todos ellos con depósitos de confianza mayores que los registrados hace diez años. Las desconfianzas son mayores en lo que se refiere a la Iglesia y al Parlamento del Estado.

En nuestra Encuesta preguntamos también por el poder o influencia en la sociedad que se pensaba tenía cada una de esas instituciones. El máximo poder se le atribuye a la prensa y al sistema de leyes y códigos; el mínimo a los sindicatos, Fuerzas Armadas e Iglesia.

Medidos poder e influencia en una escala de cinco puntos (5 = máximo; 1 = mínimo), el orden que establecen los jóvenes de 1993 es el de la siguiente columna (arriba).

En todos los casos, menos en las ONG de carácter benéfico-social, el poder supera a la

	Confianza	Poder
1		
El sistema de enseñanza	3,24	3,67
Organizaciones de carácter benéfico-social	3,11	2,70
2		
Policía	3,00	3,54
Prensa	2,89	3,91
Sistema de leyes y códigos	2,87	3,86
3		
Parlamento de la comunidad autónoma	2,64	3,61
Sindicatos	2,57	3,34
Parlamento del Estado	2,53	3,79
Fuerzas Armadas	2,51	3,34
Iglesia	2,46	3,40

confianza. La ratio entre ambas magnitudes nos dice que donde mayor es la desviación es en el Parlamento del Estado: diríamos que es la institución que provoca la máxima enajenación o distanciamiento. La mayor cercanía o proximidad afectiva se da, en cambio, con las organizaciones de carácter benéfico-social y, también, con el sistema de enseñanza y con la policía.

La combinación de las dos dimensiones produce esta tipología:

Confianza	Poder		
	Alto	Medio	Bajo
Alta		Sistema de enseñanza Organizaciones benéfico-sociales	
Media	Prensa Sistema de leyes y códigos	Policía	
Baja	Parlamento del Estado	Parlamento de la comunidad autónoma	Sindicatos Fuerzas Armadas Iglesia

El saldo más favorable corresponde al sistema de enseñanza, organizaciones benéfico-sociales, prensa y sistema de leyes y códigos. El saldo más desfavorable es el de sindicatos, Fuerzas Armadas e Iglesia. Las instituciones del primer bloque disponen, por tanto, de un potencial como protagonistas y líderes de un desarrollo social. Las segundas lo tienen muy débil. Las primeras conforman una estructura más democrática que las segundas, de corte jerárquico y autoritario.

El «empujón» en dirección a este crecimiento de la confianza lo protagonizan los más jóvenes, es decir, los adolescentes, que son quienes marcan la pauta del cambio en este caso,

TABLA 4.9A

Confianza que se tiene en una serie de instituciones (I)

	Mucha		No mucha		Ninguna	
		Bastante				
<i>Iglesia</i>						
1993	10	22	32	39	28	67
1989	9	24	33	41	26	67
1984	8	21	29	43	27	70
<i>Fuerzas Armadas</i>						
1993	8	27	35	40	25	65
1989	4	25	29	43	27	70
1984	7	30	37	37	25	62
<i>Sistema de enseñanza</i>						
1993	11	48	59	34	6	40
1989	6	38	44	44	12	56
1984	5	40	45	44	10	54
<i>Sistema de leyes y códigos</i>						
1993	8	37	45	42	12	54
1989	4	34	38	46	15	61
1984	4	39	43	43	12	55
<i>Prensa</i>						
1993	8	40	48	39	13	52
1989	5	38	43	44	13	57
1984	3	38	41	46	11	57

haciendo subir todos los índices de confianza. Ellos la tienen en prácticamente todas las instituciones excepto sindicatos, como tampoco tienen demasiada en la prensa y en el Parlamento estatal. Contrastan con los jóvenes adultos, los de 21-24 años, que son los que muestran las mayores desconfianzas, excepto con la prensa.

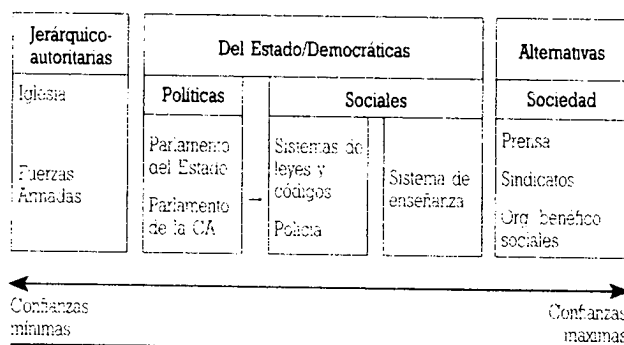
Esta última viene a constituirse en una especie de indicador o señal del cambio de sentido en las corrientes de confianza o desconfianza. Así, la confianza en las instituciones que emanan del Estado o en las de estructura jerárquica y autoritaria se asocia con una desconfianza en la prensa (es el caso de las mujeres, por ejemplo, y también el de los adolescentes), mientras que la desconfianza en las primeras se asocia a veces con un acercamiento a la prensa.

Las clases altas y medias-altas son las que muestran la máxima favorabilidad a la prensa, pero la combinan con una adjudicación de confianza a la Iglesia y a las organizaciones benéfico-sociales, tal como sucede también entre los católicos practicantes. Las clases medias-medias y medias-bajas valoran el sistema de enseñanza y la Policía. Los indiferentes y no creyentes no confían en las instituciones de

tipo jerárquico-autoritario, pero sí lo hacen en los sindicatos.

Pero la adjudicación de legitimidades institucionales no es tanto un fenómeno de clase social o de estatus socioeconómico cuanto de desarrollo personal (el que proporciona la edad y el ciclo de vida) y de concepción política. Así, las máximas desconfianzas nos las encontramos entre los seguidores de los partidos nacionalistas y de los Verdes. Entre los seguidores del PP destacan la Iglesia, las Fuerzas Armadas y la Policía. Entre los del PSOE los sistemas de enseñanza y de leyes, junto a los parlamentos autonómicos. En los de IU los sindicatos (como también sucede a indiferentes y no creyentes).

De una manera insensible, todas estas diferencias que vamos señalando nos están destilando una segmentación de las instituciones, presente entre los jóvenes de nuestra Encuesta. Un análisis factorial nos ha ayudado a confeccionar el siguiente formato:



En donde las que tienen un componente jerárquico-autoritario son las que menos confianza suscitan, mientras que la aceptación va creciendo conforme se inserta una impronta democrática hasta llegar a las menos institucionales u oficiales (aunque en estas últimas los sindicatos susciten seguimientos minoritarios), que son las que más representan a la sociedad civil (y donde aparecerían las empresas, si las hubiéramos incluido en la lista).

4.5.3 Asociaciones y movimientos sociales

Si la confianza en las instituciones lleva a aceptarlas y a asignarles una legitimidad social, lo cual conduce, a su vez, a integrarse y a participar con ellas en la marcha de la sociedad, también la integración en asociaciones y organizaciones de carácter intermedio —es-

TABLA 4.9B

Confianza que se tiene en una serie de instituciones (II)

	Mucha		Bastante		No mucha		Ninguna	
<i>Sindicatos</i>								
1993	5	29	34	47	18	65		
1989	3	24	27	51	21	72		
1984	2	24	26	53	18	71		
<i>Organizaciones y asociaciones de carácter benéfico-social</i>								
1993	12	42	54	36	9	45		
<i>Policía</i>								
1993	9	42	51	36	12	48		
1989	6	33	39	42	18	60		
1984	4	36	40	40	18	58		
<i>Parlamento del Estado</i>								
1993	5	26	33	47	19	66		
1989	4	28	32	47	21	68		
1984	4	32	36	45	16	61		
<i>Parlamento de la comunidad autónoma</i>								
1993	6	31	37	46	18	64		
1989	4	28	32	46	21	67		
1984	3	29	32	47	18	65		

pacios de entrenamiento de las capacidades democráticas— constituye una plataforma de participación social.

En cuanto se refiere a pertenencia a asociaciones y organizaciones, los jóvenes de finales de 1993 vuelven a recuperar los niveles de asociatividad que registraban los de 1984 (*Tabla 4.10*). Es decir, que los han aumentado con respecto a 1989.

En estos años que van de finales de los 80 hasta el 90 (*Encuesta de Jóvenes 89* y *Encuesta Europea de Valores 1990*) se produjo una bajada que probablemente obedeció tanto a causas objetivas como subjetivas, porque incluso en esos años expansivos de la libre individualidad no quedaba bien el admitir que se pertenecía a cosas, que uno no era individualmente independiente y autónomo, libre de influencias y ataduras. Hoy se reconocen más las «dependencias» en la propia socialización, sean éstas las vías de influencia de los otros, sean las organizaciones y asociaciones a las que uno pertenece.

Todavía son los jóvenes mayores, los de 21 a 24 años, los que declaran un menor asociacionismo. Los menores de esa edad son los que presionan y hacen subir la tasa.

TABLA 4.10

Asociaciones a las que se pertenece

	1993	1989	1984
Sociedades benéficas interesadas por el bienestar de la gente	2	2	1
Sociedades y asociaciones de tipo religioso	4	4	6
Grupos educativos artísticos o culturales	6	4	7
Sindicatos	1	1	1
Partidos políticos	1	1	1
Organizaciones interesadas por los derechos humanos a nivel nacional e internacional	1	1	1
Grupos ecologistas, de conservación de la naturaleza o de protección de los animales	2	2	2
Organizaciones y grupos juveniles (p. ej. scouts, guías, clubes juveniles)	6	5	5
Asociaciones y clubes deportivos	14	8	17
Peñas futbolísticas	4		
Suma	41 %	28 %	41 %
Ninguna de ellas	69	74	67
NS, NC	*	6	1
Suma	70	80	68

En 1984 y 1989: «Iglesias u organizaciones religiosas»
 * En 1984 y 1989: «Trabajo con grupos juveniles» (p. ej. scouts, guías, clubes juveniles)
 † No enunciada en 1984 y 1989.

Es precisamente el recelo a identificarse una razón importante de esa deficiencia asociativa. En nuestra Encuesta preguntamos «por qué la gente... no suele comprometerse en asociaciones, sean éstas del tipo que sean», dándose estos resultados:

	%
<i>Razones para no asociarse</i>	
Hay recelos a identificarse en general	42
Más concretamente:	
Hay recelos a identificarse políticamente	17
Hay recelos a identificarse religiosamente	6
Hay recelos a identificarse sindicalmente	5
Hay que tener capacidad de moverse de una posición a otra, tal como funciona esta sociedad, y pertenecer a una asociación te hace perder buena parte de esa capacidad de movimientos	17
No se obtiene casi nada de la pertenencia a una asociación	17
Otras	7
NS, NC	7
TOTAL	118 %

Pero si se produce un retorno asociativo, no crece el entusiasmo hacia los llamados nuevos movimientos sociales, aun gozando éstos de un amplio favor entre el público joven (*Tabla*

TABLA 4.11

Aprobación de distintos movimientos sociales entre la población de 18-24 años

	<i>Ecologistas o de protección de la naturaleza</i>		<i>De la mujer¹</i>		<i>Pro-derechos humanos</i>		<i>Contra la segregación racial²</i>	
	1993	1990	1993	1990	1993	1990	1993	1990
Totalmente	52	66	30	28	48	71	50	64
Bastante	38	29	39	38	42	22	33	24
Poco	8	2	23	15	8	2	10	3
Nada	2	1	7	13	2	2	6	4
	100 %							

¹ En 1990: «movimiento feminista».

² En 1990: «movimiento anti-apartheid» (contra la segregación racial).

4.11). Por la *Encuesta Europea de Valores 1990* sabemos que entre ambas orientaciones no se da una correspondencia sino de tipo compensatorio, esto es, la no asociatividad lleva a un mayor entusiasmo por los movimientos sociales, en los que uno no tiene por qué afiliarse o sacarse un carné, en los que uno se incorpora y lo deja cuando quiere, en donde no hay militancias estrictas y con obligaciones regulares.

El paradigma de ese comportamiento combinado será el de las mujeres (como en la *Encuesta Europea de Valores*), que combinan bajo asociacionismo con alta aceptación de los movimientos. Modelo del que participan los jóvenes de origen social medio-bajo y esa gran mayoría que se apunta a la casilla 5 de la escala izquierda-derecha, es decir, los pertenecientes a un centro algo escorado a la izquierda.

Ahora bien, no todos los movimientos de nuestra lista suscitan el mismo entusiasmo ni de la misma manera en todos los segmentos de la población juvenil. Las prioridades globales que establecen los jóvenes son éstas:

De ellos, los cinco primeros, por encima de la media del 4, son los que cuentan con una aprobación alta, que contrastan con los tres últimos, por debajo de la media del 3 (que es exactamente el punto medio), y que cuentan con un nivel bajo de aprobación, sobre todo los dos últimos, los políticos (patrióticos y nacionalistas).

En general, los movimientos de mayor aceptación son los que recogen un impulso de solidaridad y de igualdad, y que constituyen la gran mayoría. Después de todos ellos nos encontramos con los que recogen una especial disposición de la conciencia moral: los de «pro-vida», que apoyan unos y que en nada son los mismos que apoyan los de «objeción de conciencia», ambos dentro del mismo factor (procedente de un análisis factorial). En último lugar, los que recogen una dimensión política: los «nacionalistas», apoyados también por unos distintos a los que aprueban los «patrióticos», reunidos también en el mismo factor.

En esta ocasión tienen sentido las diferencias entre las distintas regiones, comunidades o nacionalidades que componen el Estado español. Aunque hay que interpretar con cautela, dados los reducidos contingentes muestrales de algunas autonomías, vale la pena transcribir lo más destacable:

Aprobación de distintos movimientos sociales

	<i>Índice</i>
1 Ecologistas o de protección de la naturaleza	4,29
2 Pro-derechos humanos	4,24
3 De apoyo y pro-enfermos de sida	4,17
4 En contra de la segregación racial	4,09
5 Pacifistas	4,04
6 De apoyo y acogida a refugiados e inmigrantes	3,82
7 Movimientos de la mujer	3,64
8 Objeción de conciencia, insumisión	3,21
9 Gays o lesbianas	3,06
10 Pro-vida (en contra del aborto)	2,92
11 Patrióticos (defensa de la patria, unidad de la patria)	2,55
12 Nacionalistas	2,25

¹ Máximo = 5. mínimo = 1.

<i>Movimiento</i>	<i>Autonomías que sobresalen en su aprobación</i>
Ecologista	Navarra, Galicia, Valencia, Canarias
Pacifista	Navarra, Valencia, Galicia, Asturias
De la mujer	Valencia, Canarias, Asturias
Pro-derechos humanos	Valencia, Murcia, Galicia, Castilla-La Mancha, Asturias
Contra la segregación racial	Asturias, Valencia, Canarias, País Vasco

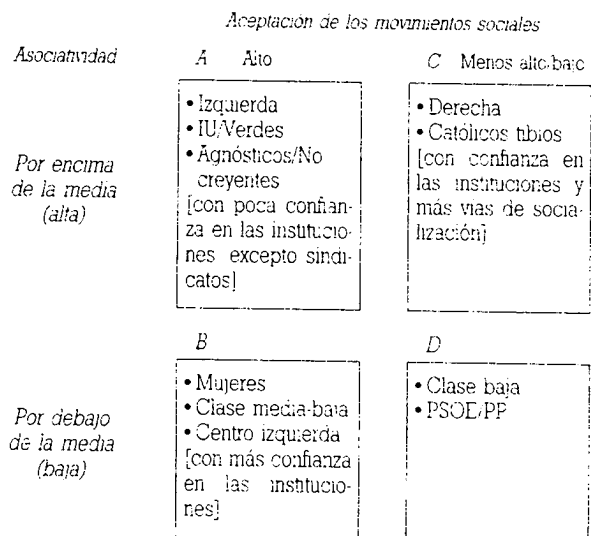
Movimiento	Autonomías que sobresalen en su aprobación
Gays/lesbianas	Asturias, País Vasco, Navarra, Valencia
Apoyo a refugiados e inmigrantes	Valencia, Asturias
Apoyo a enfermos de sida	Navarra, Canarias, Galicia, Valencia, Andalucía
... Objeción de conciencia	Valencia, País Vasco, Navarra, Asturias
Pro-vida	Andalucía, Castilla-León
... Nacionalistas	País Vasco, Galicia, Aragón, Asturias, Navarra, Cataluña, Baleares
Patrióticos	Asturias, Cantabria, Galicia, Murcia, Aragón, Castilla-León, Castilla-La Mancha

De ahí se deduce que las autonomías con máximo potencial de movilización social en su gente joven son: 1.º Asturias y C. Valenciana; 2.º Navarra y Galicia; 3.º País Vasco y Canarias; 4.º Andalucía, Aragón, Murcia y Castilla-León. A éstas les seguirían Cataluña, Baleares y Cantabria. Por último, Madrid, Extremadura y La Rioja contarían con un muy escaso potencial.

Aquí hay que estar atento a la menor implicación que se registra en áreas de alto desarrollo, como son Madrid y Cataluña, que dan paso a otras históricas y nuevas (Asturias, Valencia, Navarra, Galicia, Euskadi y Canarias). Lo que sugiere una extensión y dispersión de los fenómenos de movilización social, que abandonan una pauta de concentración y pasan a desarrollarse en otra de variedad y multiplicidad de focos de atención. Por ejemplo, la fuerza del ecologismo y del pacifismo en Navarra, la de la objeción de conciencia en Valencia y Euskadi, nacionalismo en Euskadi, los movimientos contra la segregación racial y los de apoyo a homosexuales en Asturias, de apoyo a refugiados en Valencia, movimiento pro-vida en Andalucía y Castilla-León, de apoyo a enfermos de sida en Navarra, patrióticos en Asturias y Cantabria, de los movimientos de la mujer en Valencia y Canarias.

Este proceso de variedad y especialización territorial se halla atravesado por una segmentación básica, la que proveen las variables sociodemográficas y políticas, y que, a su vez, sugiere una variedad de motivaciones.

Así, entre los grupos más entusiastas de los movimientos sociales nos encontramos a dos tipos diferentes, lo mismo que entre los menos entusiastas, conformando un total de cuatro:



La combinación de niveles de asociatividad y de aceptación de los movimientos sociales produce esos cuatro segmentos, en los que no juega la edad sino el sexo, la clase y la ubicación/concepción política.

Entre los que suscriben los movimientos sociales nos encontramos a un tipo participante, el A, y otro no participante, el B. El primero, con poca confianza en las instituciones; el segundo, con una mayor confianza.

Y entre los menos entusiastas por los movimientos nos encontramos también a un tipo participante y con confianza, el C; y a otro, poco participante y más indefinido, el D. Y si buscásemos a los seguidores de los partidos nacionalistas, nos los encontraríamos en un terreno intermedio entre el A y el C.

El segmento con mayor capacidad de movilización es el A, minoritario. Hay un potencial importante de movilización en el B, que es el que agrupa a mayorías. Le seguiría el C, con un cierto potencial. Y, por último, el de menor potencial: el D.

En todo caso los contingentes de jóvenes que —con unos y otros matices— aprueban y aceptan unos nuevos movimientos sociales siguen constituyendo un volumen importante a finales de 1993, sobre todo en lo que se refiere a los basados en un impulso o motivación de solidaridad.

Y ello tanto entre los segmentos que ya se encuentran enrolados en modelos regulares y convencionales de participación social como entre los tradicionalmente apartados de los mismos (las mujeres, por ejemplo). Para estos últimos los movimientos sociales cumplirían una función de «banderín de enganche», sustitutoria de la que hasta ahora han ejercido

los modelos convencionales de participación social y política.

1.5.4 Una prestación social: servicio militar e insumisión

Al servicio militar obligatorio se le puede considerar como una prestación social que se realiza dentro de una institución jerarquizada y autoritaria (el Ejército) pero que se ha caracterizado más o menos por su carácter universalista: todos los varones han tenido que cumplirlo; se ha sorteado y se ha cumplido produciéndose desplazamientos (y, por tanto, intercambios sociales) dentro de todo el territorio del Estado; su objetivo es el del interés general de la comunidad, de todo el Estado, en cuanto está orientado a la defensa nacional. Incluso hace años constituyó una herramienta para la alfabetización y desarrollo personal de los contingentes de jóvenes procedentes del retrasado medio rural.

Hoy en día la contestación a este servicio militar es muy grande entre los jóvenes españoles por razones de conciencia y pacifismo (objeción de conciencia), que llegan al antimilitarismo y a la insumisión, y también por razones políticas *stricto sensu*, en cuanto es una forma de rebelión contra el Estado entre los jóvenes independentistas de algunas autonomías. O por razones, simplemente, de evaluarlo como una inutilidad social y una pérdida de tiempo, lo que lleva a situaciones de frustración y de enajenación y, luego, de rechazo.

Será difícil deslindar a veces lo que son razones de conciencia de las que son políticas, o de las que se refieren a una simple conveniencia personal, que en muchos casos irán juntas. Pero lo cierto es que hay segmentos de la población juvenil que consideran que hay un derecho a la insumisión y que a la vez es también legítima la opción del servicio militar.

En cualquier caso, la opción del derecho a la insumisión es la que se suscribe mayoritariamente, por más que hay que tener en cuenta que se está juzgando el derecho y no el hecho. Pero también se apoya el servicio militar como opción de hacer algo por el país, aunque en una menor proporción. La versión de obligatoriedad del servicio es algo que se apoya menos. Y el «castigo» para quienes se nieguen es todavía más minoritario. Véase:

	% acuerdo	media (1-5)
La insumisión es un derecho de las personas que debe estar recogido en la Constitución	72	3,70
El servicio militar es una opción que tiene el joven de hacer algo por su país (y eventualmente, por otro país también) ..	56	3,10
El servicio militar o, en su caso la prestación social sustitutoria deben ser obligatorios	34	2,54
Quien se niega a prestar este servicio a su país no merece recibir nada del Estado	20	2,13

Al descomponer a quienes reconocen el derecho a la insumisión y a quienes no lo hacen, se nos hace visible cuántos y quiénes constituyen el «núcleo irreductible», cuántos comparten las opciones y cuántos componen el reducto a favor del servicio militar. Si cruzamos las diferentes formulaciones, se nos presentan los siguientes segmentos:

		La insumisión	
		Es un derecho 1	No es un derecho 2
A El servicio militar es una opción que tiene el joven de hacer algo por su país	Sí	37	19
	No	36	8
B El servicio militar o en su caso, la prestación social sustitutoria, deben ser obligatorios	Sí	17	17
	No	56	10

Esto es, los que están a favor de la insumisión —si los miramos desde la perspectiva de A— se dividen entre un núcleo duro del 36 % y uno, mixto, del 37 %. Y si los miramos desde la perspectiva de B, se dividen entre un núcleo duro del 56 % y uno, mixto, del 17 %.

A su vez, los que están en contra de la insumisión —si los miramos desde la perspectiva de A— se dividen entre un núcleo duro del 19 % y uno, mixto, del 8 %. Y si los miramos desde la perspectiva de B, se dividen entre un núcleo duro del 17 % y uno, mixto, del 10 %.

Esto es, los reductos o núcleos «duros» van del 36 % al 56 % en lo que se refiere a insumisión, y del 17 % al 19 % en lo que hace referencia al servicio militar o prestación social obligatoria.

Nos las estamos habiendo con un fenómeno en el que el factor clase social es irrelevante. Y en donde también el sexo y la edad cuentan con poca relevancia, si no es la que da la cercanía a la situación (son los hombres los que hacen la mili, y se hallan más cercanos a ella los de 20 que los de 15 años).

Realmente son los factores de orden ideológico, principalmente los políticos, los que determinan una orientación hacia la insumisión o hacia el servicio militar. A medida que se pasa de la derecha a la izquierda, o de la práctica religiosa a la indiferencia y no creencia, la inclinación hacia la insumisión se va haciendo más fuerte. Véanse algunas diferencias:

<i>Pro-insumisión</i>	<i>Pro-servicio militar</i>
4.40 en la escala izquierda-derecha. País Vasco. Baleares. Cataluña. Asturias y Navarra. Los de IU, partidos nacionalistas, Verdes y otros. Menor confianza en las instituciones, sobre todo en la Iglesia, Fuerzas Armadas y Policía. Escasa discriminación de los movimientos sociales, excepto en una mayor aceptación de los homosexuales. Mayor permisividad moral.	5.03 en la escala izquierda-derecha. Castilla-León. Aragón. Extremadura y Murcia. Los del PSOE y PP. Más confianza en las instituciones. Más aceptación de los movimientos patrióticos y pro-vida. Menor permisividad, excepto en los casos de pena de muerte, mentira y soborno.

En la medida en que los jóvenes se ajusten más a los perfiles que acabamos de describir, en esa medida conformarán grupos más irreductibles en un sentido o en otro.

4.6 Orientación política

4.6.1 Posición política

En una escala que va del 1 (izquierda) al 10 (derecha), los jóvenes españoles de 15 a 24 años se autoubican en la posición 4,61, es decir, en una posición de centro-izquierda. Realmente, hace diez años estaban unas décimas más a la izquierda (Tabla 4.12), de manera que últimamente se ha producido un muy ligero desplazamiento hacia la derecha.

Este movimiento de los jóvenes españoles contrasta con uno que se ha producido en sen-

tido opuesto entre los otros jóvenes europeos del Norte, por lo que ahora unos y otros se parecen más que antes.

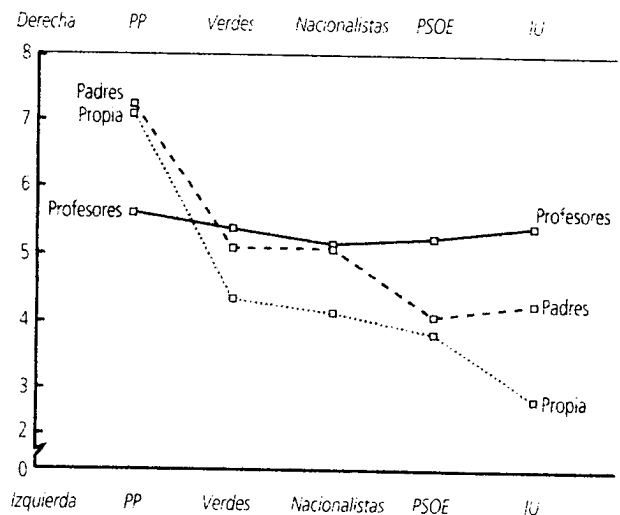
La ubicación de los jóvenes contrasta, asimismo, con la del segmento de 25-34 años, que es el que registra la tasa máxima de izquierdismo y el que manifiesta también los mayores entusiasmos por la democracia como forma de gobierno en España. Es el grupo de edad con mayor implicación social y política. El segmento más a la derecha es el de 55-64 años, el de la *golden age*, no tanto el de la tercera edad. (DATA, 1992-1993).

Y no sólo se ha producido una cierta convergencia con respecto a los jóvenes europeos, sino que también se ha producido entre el mismo entorno de los jóvenes.

Hace diez años los profesores también estaban más a la izquierda, bastante más que los padres, y ahora se han desplazado a la derecha, tomando una posición más «natural» en su carácter de preceptores. Mientras que, al revés, los padres, que hace diez años estaban bastante más a la derecha que hijos y profesores, hoy registran un desplazamiento hacia la izquierda, acercándose a jóvenes y profesores. Las distancias se han acortado en 1993, la convergencia es mayor.

Nos la estamos habiendo, naturalmente, con un problema de percepción de los jóvenes entrevistados que varía en función de la posición de cada cual. Como tendencia, parece ser que cuanto más a la izquierda se ubican, más distancias perciben. Es el caso de los se-

Gráfico 4.7
Autoubicación política y posición atribuida a padres y profesores en la escala izquierda-derecha



guidores de IU y, hasta cierto punto, del PSOE. Los de los partidos nacionalistas y Verdes registran distanciamientos menores con su entorno. En los seguidores del PP las distancias entre padres e hijos son nulas, pero se presentan como significativas con respecto a los profesores, dada la ubicación tan a la derecha de los primeros (Ver *Tabla 4.12* y *Gráfico 4.7*).

La posición política es un diferenciador claro de los distintos grupos y segmentos de jóvenes, como puede verse:

TABLA 4.12

Autoposicionamiento político y posicionamiento atribuido a padres y profesores

Ubicación	15-24			18-24		
	1993	1989	1984	1993	1990	1981
Personal	4,61	4,74	4,24	4,58	4,61	4,31
De los profesores	5,35	5,30	4,95			
De los padres	5,17	5,44	5,62			

Tamaño de población (miles de hábs.)	Escala izqda-icha.	Destacan relativamente en su preferencia por el partido...
+ 200	4,67	PP, IU, Verdes
50-200	4,69	PP, Verdes
10-50	4,46	PSOE
- 10	4,60	Nacionalistas
Sexo		
Hombres	4,49	Nacionalistas
Mujeres	4,74	PP
Edad		
15-17	4,69	
18-20	4,78	PP
21-24	4,42	IU
Clase social		
Alta y media-alta	5,22	PP, nacionalistas
Media-media	4,72	[PP, IU]
Media-baja	4,72	[PP, IU]
Baja	4,34	PSOE
Religiosidad		
Católico practicante	5,46	PP
Católico no muy practicante	4,75	PSOE
Católico no practicante	4,54	PSOE
Indiferente	4,35	Nacionalistas Verdes
Agnóstico	3,50	IU
No creyente	3,42	IU, nacionalistas [Verdes]

Las conclusiones son: 1) En los grandes núcleos de población los jóvenes se ubican algo más a la derecha, aunque con sitio para IU y los Verdes; 2) Las mujeres siguen estando algo más a la derecha que los hombres; 3) Cuando se llega a los 21-24 años se atisba ya el comienzo de un desplazamiento hacia la izquierda; 4) Sigue funcionando la variable de clase o de origen social: las posiciones más a la derecha se registran entre las clases alta y media-alta, y las más a la izquierda en las clases bajas; 5) La relación con la variable religiosa es positiva y lineal.

El resultado territorial o por autonomías muestra la confluencia de todas esas fuerzas en el cuadro que muestra la *Tabla 4.13*. La

lista figura ordenada en un ranking que desciende de izquierda a derecha y debe interpretarse con las cautelas que provienen del reducido número de casos de las submuestras de las autonomías (Consultar el Anexo metodológico).

La izquierda la encabeza el País Vasco, al que siguen Cataluña y Navarra, en el Norte, y Andalucía, en el Sur. La derecha la encabezan las dos Castillas y Baleares. Las preferencias de partido en cada caso responden a esa ubicación y a otros factores propios. Aunque la equivalencia no es total: por ejemplo, hay ubicaciones de izquierda que dan paso a presencias del PP, como en Andalucía, Aragón y Galicia. Mientras que hay ubicaciones de de-

recha que dan paso al PSOE, como en la C. Valenciana y Cantabria.

Todas las variables y factores dejan de funcionar un tanto a la hora de evaluar y aceptar la democracia como sistema político. La aceptación es casi universal y la legitimidad por su eficacia supera el 50 %:

Aceptación de la democracia			
	1993	1989	1984
La democracia es el mejor sistema político para un país como el nuestro	88	87	84
La democracia permite que se estén solucionando los problemas que tenemos planteados	57	56	51

TABLA 4.13

Ubicación en la escala izqda.-dcha. y voto + preferencia de partido entre las autonomías

Autonomías	Escala izqda.-dcha	Voto + preferencia de partido superior a la media	No declara partido
País Vasco [izqda.]	3,77	Nacionalistas/Verdes	51
Cataluña	4,16	Nacionalistas/PSOE/Verdes	20
Navarra	4,35	IU	49
Andalucía	4,44	PSOE/PP	26
...			
Aragón	4,63	PP/PSOE	16
Canarias	4,67	IU	41
Gaicia	4,69	Nacionalistas/PP	28
Extremadura	4,72	PSOE/PP/Otros	22
La Rioja	4,78	Verdes	44
Madrid	4,80	IU/PP/Verdes	29
Asturias	4,82	PSOE/IU/Verdes/Otros	12
Murcia	4,83	PP/IU/Otros	29
C. Valenciana	4,86	PSOE/PP/Otros	22
Cantabria	5,04	PSOE/PP/Verdes/Otros	22
Castilla-La Mancha	5,19	PP/Verdes	36
Castilla-León	5,21	PP	39
Baleares [dcha.]	5,23	PP	42
TOTAL	4,61		29

Si quisiéramos mencionar algunas leves diferencias podríamos decir que la democracia acaba siendo valorada un poco más positivamente por los hombres que por las mujeres, se va valorando más a medida que asciende la edad, más por los católicos practicantes, más por los partidarios de IU (y también por los del PSOE). Podría decirse que se trata de una aceptación reflexiva y elaborada, que no deja de ser una toma de posición política, a pesar de la extensión del fenómeno.

4.6.2 *Entre localismo e internacionalismo*

Si observamos los resultados de la pregunta sobre «¿A cuál de estas agrupaciones geográficas diría que pertenece, ante todo? ¿Y luego?», podremos concluir que el dato relevante en la evolución de las actitudes en los últimos doce años es el de la pérdida de identificación con el país en su conjunto, con España. Lo que

ha subido realmente es la identificación más *local*: con la localidad, pueblo o ciudad en que se vive, por un lado; y, por el otro, la identificación *europaea*. Como se ve, una mezcla de localismo y de internacionalismo/cosmopolitismo, pero en donde el primero se lleva la parte del león.

Ahora bien, a pesar de esa pérdida, la identificación con España sigue siendo alta. En conjunto, el ranking de identificaciones es el que sigue (Tabla 4.14):

- 1.º Localidad, pueblo o ciudad en que se vive.
- 2.º España.
- 3.º Región, país o autonomía.
- ...
- 4.º Mundo.
- 5.º Europa.

Correlativamente con las tendencias que acabamos de señalar, los sentimientos de identidad autóctona (sentirse de la región, nacionalidad o autonomía de que se trate) han

TABLA 4.14

Agrupaciones geográficas a las que diría que pertenece (%)

	15-24 años		18-24 años		
	1993	1989	1993	1990	1981
<i>1.º ante todo</i>					
Localidad, pueblo o ciudad en donde vive ...	45	44	44	40	42
Región o país	17	15	17	22	18
El país en su conjunto,					
España	24	26	25	28	27
Europa	4	2	4	1	1
Mundo	10	9	10	9	10
<i>1.º + 2.º lugar</i>					
Localidad, pueblo o ciudad	62	59	61	59	59
Región o país	49	48	49	54	51
España	52	54	53	55	56
Europa	16	11	16	10	8
Mundo	18	18	18	18	20
	100 %				

ascendido de tono en los últimos tiempos y así se registra en los resultados de la *Encuesta de Jóvenes de 1993*, como puede comprobarse en la serie de *Tablas 4.15*.

Pero la combinación localismo-internacionalismo, lo mismo que lleva a apoyar las identidades próximas a lo local/regional y el autonomismo que ello supone, asimismo tampoco está en contra de una presencia comprometida en los escenarios internacionales. Véase:

Considera positivo para el país el que en estos momentos el Gobierno...

	%
Envíe sus tropas a países extranjeros en misiones de tipo humanitario	81
Acoja a refugiados políticos	81
Conceda ayudas económicas a países en vías de desarrollo	76
Participe en bloqueos comerciales y boicots internacionales contra países que no respetan los derechos humanos	75
Envíe sus tropas a zonas del mundo para la resolución de conflictos bélicos, bajo el control de una instancia internacional	63

Del funcionamiento de las distintas variables se deduce que mientras los grandes núcleos urbanos se decantan por el internacionalismo/cosmopolitismo, los pequeños lo hacen por el localismo/regionalismo, de manera

que el hábitat sí que determina influencias a este respecto.

También lo local parece cobrar algún impulso entre las mujeres y entre los adolescentes.

En la clase social de origen alto y medio-alto se produce una mezcla de lo local, lo español y lo europeo, como en buena medida sucede también en la clase media-media. El internacionalismo aparece en la clase media-baja, mientras que en la baja y trabajadora predomina claramente lo local/regional.

TABLA 4.15-1

Identidad nacional: «Diría usted que se siente...» (I) (%)

	1993	1989	1984
<i>En la CA Vasca</i>			
Español	3	3	5
Más español que vasco	4	2	5
Tan vasco como español	20	26	33
Más vasco que español	25	25	23
Vasco	44	44	31
NS, NC	4	1	2
<i>En Cataluña</i>			
Español	13	20	19
Más español que catalán	8	7	10
Tan catalán como español	36	29	39
Más catalán que español	18	19	13
Catalán	27	21	18
NS, NC	—	3	2
	100 %		

TABLA 4.15-2

Identidad nacional: «Diría usted que se siente...» (II) (%)

	1993	1989	1984
<i>En la CA Gallega</i>			
Español	7	11	6
Más español que gallego	4	5	5
Tan gallego como español	42	37	48
Más gallego que español	21	9	15
Gallego	24	36	24
NS, NC	3	2	2
<i>En la CA Valenciana</i>			
Español	32	35	30
Más español que valenciano	11	14	13
Tan valenciano como español	27	33	41
Más valenciano que español	11	9	6
Valenciano	16	8	7
NS, NC	3	—	2
	100 %		

TABLA 4.15-3

Identidad nacional: «Diría usted que se siente...» (III) (%)

	1993	1989
<i>En la CA Navarra</i>		
Español	8	
Más español que navarro	2	
Tan navarro como español	28	
Más navarro que español	11	
Navarro	44	
NS, NC	7	
<i>En la CA Andalucía</i>		
Español	23	18
Más español que andaluz	4	4
Tan andaluz como español	31	48
Más andaluz que español	9	11
Andaluz	32	17
NS, NC	1	2
	100 %	

La identificación con España es propia de los católicos practicantes y no muy practicantes. El componente local/regional predomina en los católicos no practicantes. Y entre los indiferentes, agnósticos y no creyentes lo que prima es el internacionalismo/cosmopolitismo.

Llegados a este punto hay que dejar establecido que la variable política (ubicación en la escala izda.-dcha.) ha perdido aquí su capacidad de discriminación, de modo que no explica suficientemente las afiliaciones e identidades territoriales. Y no lo hace porque su influencia se cruza con la de otra dimensión que atraviesa el fenómeno, la de las identi-

dades culturales y políticas de tipo territorial (que incluyen nacionalismos e identidades geográficas).

Por ello hemos procedido a reseñar estas particulares identidades nacionales y geográficas entre las distintas autonomías (Tabla 4.16), lo que, junto con los sentimientos de autonomismo (de sentirse autóctono antes que español. Ver Tablas 4.15 y 4.16), da lugar a estas alineaciones:

<i>Sentimientos autonomistas (de sentirse autóctono)</i>	<i>Localismo</i>
1 País Vasco	1 Galicia
2 Canarias	2 Murcia
3 Navarra	3 Cataluña
4 Galicia	4 Baleares
5 Baleares	5 La Rioja
6 Cataluña	
7 Asturias	
8 Andalucía	

<i>Identidad española</i>	<i>Internacionalismos</i>
1 Andalucía	1 Madrid
2 Extremadura	2 Castilla-La Mancha
3 Asturias	3 Canarias
4 Aragón	4 Valencia
5 Cantabria	5 Castilla-León
	6 País Vasco
	7 Navarra

Como se ve, similares sentimientos de autonomismo y equivalentes identidades territoriales se producen entre diferentes ubicaciones políticas, lo que demuestra la existencia

TABLA 4.15-4

Identidad nacional: «Diría usted que se siente...» (IV) (%)

<i>Autonomías</i>	<i>Español</i>	<i>Más español que ...</i>	<i>Tan... como español</i>	<i>Más... que español</i>	<i>[Autóctono]</i>	<i>NS, NC</i>	
Balear							
1989	7	14	66	—	7	5	100 %
1993	19	1	33	9	36	2	
Madrileña	42	4	35	8	8	3	
Cántabra	38	—	40	8	14	—	
Astunana	19	4	32	12	32	2	
Riojana	1	3	59	13	—	24	
Aragonesa	24	3	47	3	20	3	
Murciana	14	8	61	5	5	8	
Extremeña	15	7	40	15	15	9	
Castellano-Leonesa	40	6	31	7	6	10	
Castellano-Manchega	41	9	28	7	6	9	
Canaria	10	3	31	8	49	—	

TABLA 4.16

Sentimiento autonomista (más, igual o menos autóctono que español) y agrupación geográfica a la que declara pertenecer

<i>Autonomías</i>	<i>Sentimiento autonomista (1-5)</i>	<i>Agrupación geográfica a la que pertenece (1.º lugar × 2 + 2.º lugar) (0-1)</i>				
		<i>Localidad</i>	<i>Autonomía Región</i>	<i>España</i>	<i>Europa</i>	<i>Mundo</i>
Pais Vasco	4.04	61	51	.11	.07	.18
Canarias	3.83	64	32	.21	.11	.18
Navarra	3.81	65	42	.17	.06	.19
Galicia	3.52	70	37	.25	.04	.09
Baleares	3.42	68	39	.23	.08	.09
Cataluña	3.37	58	42	.23	.10	.14
Asturias	3.35	27	67	.51	.01	.04
Andalucía	3.24	53	35	.41	.06	.13
Extremadura	3.09	40	34	.52	.09	.12
La Rioja	3.07	96	50	.02	.00	.01
..						
Aragón	2.93	65	18	.44	.07	.14
Murcia	2.77	74	31	.26	.04	.12
Valencia	2.66	51	24	.54	.12	.08
Cantabria	2.59	39	39	.62	.07	.04
Madrid	2.34	34	19	.58	.12	.19
Castilla-León	2.33	52	22	.36	.21	.10
Castilla-La Mancha	2.27	46	19	.44	.17	.21
TOTAL		53	33	.38	.10	.14

de dimensiones explicativas que van más allá de los estrictos factores políticos. Algo intervienen en el proceso el origen social y la variable religiosa, pero son variables relacionadas o factores asociados a otras

disposiciones y actitudes, a los sentimientos de identidad cultural y de autonomismo político, que se manifiestan como propios e independientes en la realidad española de hoy.

Nota

- 1) Mientras no se diga lo contrario, todos los resultados mencionados en el texto se refieren a la *Encuesta de Jóvenes de 15-24 años*, de 2.028 casos, cuyo campo se realizó en octubre de 1993. Si aparece el año 1993 sin ninguna nota, los datos se refieren a esta encuesta.
- 2) Mientras no se diga lo contrario, todos los datos se refieren a jóvenes de 15 a 24 años.
- 3) Las referencias a los años 1989 y 1984 se refieren a las encuestas de jóvenes de 15 a 24 años realizadas en esos años y patrocinadas por la Fundación Santa María. Vid. *Juventud española 84* (Ediciones SM, Madrid, 1985) y *Jóvenes españoles 89* (Ediciones SM, Madrid, 1989).
- 4) Las referencias a los años 1990 y 1981 se refieren a los segmentos de jóvenes de 18 a 24 años de las Encuestas de Valores utilizadas en F. A. ORIZO, *España, entre la apatía y el cambio social* (Mapfre, Madrid, 1983) y F. A. ORIZO, *Los nuevos valores de los españoles* (Fundación Santa María / Ediciones SM, Madrid, 1991).
- 5) En las *Referencias* citamos otras encuestas, que pueden consultarse allí, a saber: DATA, 1992; DATA, 1993; IRIS, 1993.

Referencias

- Francisco ANDRÉS ORIZO (1991): *Los nuevos valores de los españoles*, Fundación Santa María/Ediciones SM, Madrid, 1991.
- F. A. ORIZO (1993): *Value Change in Southern Europe, 1981-1990*, Social Science Research Council. (De próxima publicación).
- DATA (1992): Encuesta a la población general española de 15 y más años, con un total de 1.007 casos (222 casos de jóvenes de 15-24 años), noviembre de 1992.
- DATA (1993): Encuesta a la población general española de 15 y más años, con un total de 1.000 casos (220 de jóvenes de 15-24 años), marzo de 1993.
- Peter ESTER, Lock HALMAN y Ruud de MOOR (1993): *The Individualizing Society. Value Change in Europe and North America*, Tilburg University Press, 1993.
- EUROBARÓMETRO (1993): Comisión de las Comunidades Europeas, *Eurobarómetro. Trends 1974-1992*, abril, 1993.
- EUROBAROMETER (1993): Commission of the European Communities, *Eurobarometer*. N.º 39, June 1993.
- IRIS (1993): *The European Opinion on AIDS*. Encuesta de IriS, International Research Institutes, dirigida por F. A. ORIZO. Muestra de 13.515 individuos de 15 y más años, pertenecientes a 14 países europeos: Finlandia, Noruega, Suecia, Gran Bretaña, Holanda, Suiza, Alemania, Austria, Bélgica, Francia, Italia, España, Portugal y Grecia.